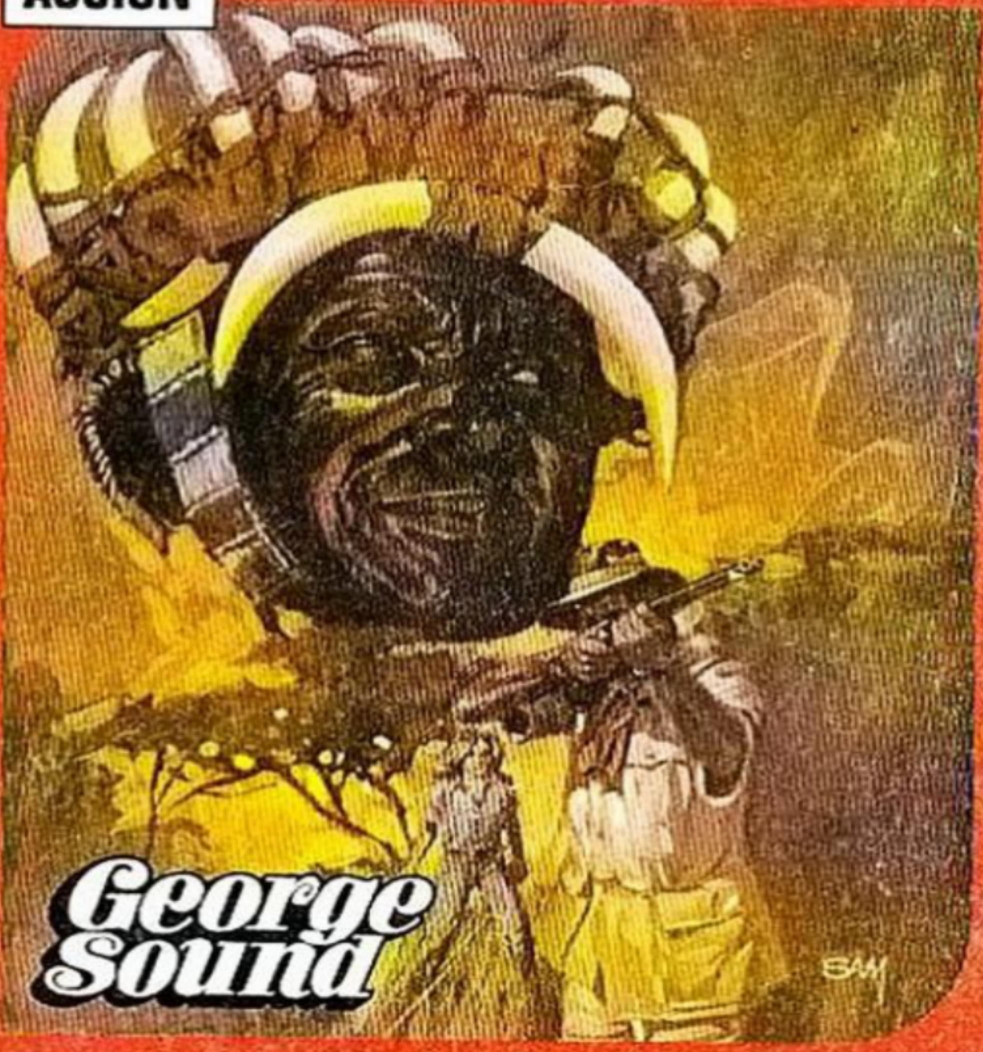
TAM-TAM

BRUGUERA

BOLSILIBROS

ACCION

AVENTURA EN KENYA



AVENTURA EN KENYA

George Bound

Colección TAM-TAM n.° 62
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5 — Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

57 — Aventura en Estambul, *Ronald Mortimer.*
58 — Cazador de tigresas, *Lou Carrigan.*
59 — Fósiles inhumanos, *Adolf Quibus.*
60 — El coloso del mar, *Joseph Berna.*
61 — La isla de la muerte, *Lem Ryan.*

ISBN 84-02-092780
Depósito legal: B. 23.179-1983
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición en España: agosto, 1983
1ª edición en América: febrero, 1984

Camps *y* Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,6501 Barcelona 1983

tam
tam
tam
tam
tam
tam

CAPITULO PRIMERO

—TIENEN que elegir uno de los dos regalos. No pueden demorarse más. Tenemos que terminar el programa en siete minutos y aún me queda una cosa por ofrecerles. Pero antes deben dejar uno de estos dos.

La presentadora señaló los dos objetos que había sobre la mesa. Un barquito dentro de una botella de cristal y un bastón de mando.

—Bueno, ¿se deciden? —volvió a preguntar.

La pareja se miró sin saber qué decisión tomar.

—Recuerden que el bastón de mando lo trajo Napoleón, ganador en mil batallas y el barquito «La pelos», regalo de un novio marino. ¡Decídanse!

—Fernando —dijo la joven—. Tú decides. Lo que tú quieras. Yo no tengo ni la más remota idea de lo que puede traer cada objeto.

—Yo tampoco he cogido las pistas, Angela —le respondió el muchacho—, Pero el bastón de mando no me gusta. Yo lo dejaría.

Y dirigiéndose a la presentadora:

—¿Nos puedes leer un poco de lo que pone la tarjetita?

—Muy bien. «Todos sabemos que Napoleón fue triunfador en muchas batallas pero…» Ya no puedo leer más.

—No nos sirve de mucho, Fernando. ¡Vamos a dejarlo!

—¡De acuerdo! ¡Lo dejamos!

—¿Seguro? ¿Estáis decididos?

La simpática presentadora del concurso de televisión volvió a colocar en una situación conflictiva a la pareja concursante.

—Seguro —contestó resuelto Fernando.

—Muy bien, entonces sigo leyendo. «Todos sabemos que Napoleón fue…, pero recibió una gran derrota en Waterloo, en la que estuvo a punto de morir ahogado. Para que a ustedes no les pase lo mismo, si van al mar, han ganado, en este caso han perdido… ¡todos estos flotadores de plástico…!

La sintonía del programa sonó estrepitosamente. Los espectadores aplaudieron y los concursantes dieron saltos de alegría por haber sabido elegir.

—Bien —prosiguió Rosa María—, Ahora, Fernando y Angela, no me queda más que un regalo para ofreceros. ¡Marisa! —llamó a su ayudante —, Tráeme, por favor, la máscara.

La bella y esbelta azafata del programa se dirigió hacia las cámaras con la máscara color naranja. La presentadora la mostró al público.

—¡Ese regalo es la calabaza! —dijo Angela.

—¿Por qué lo dices?

—Por el color, Fernando. ¿No lo ves?

—Eso no significa nada. Además hay veces que la calabaza trae regalo.

—Casi nunca —le respondió Angela.

—Bueno, pues a mí me gusta. Yo dejaría el barquito, ¿te parece?

Nuevamente las dudas asaltaron a los participantes.

—Si queréis os puedo leer un poco de la máscara.

—Vale —contestaron al unísono.

—«Hay caras simpáticas y caras muy antipáticas, como la de esta máscara». Ya está. No puedo seguir leyendo.

—No nos estás dando muchas pistas —dijo algo ofendida Angela.

—Ordenes de arriba —contestó Rosa María elevando la vista hacia el techo.

—¿Qué decidís?

—Fernando, nos debíamos de quedar con el barquito.

—Te digo que no me gusta. Debe ser algo relacionado con el mar.

—¿Qué ocurre, no te gusta el mar? —preguntó Rosa María.

—No demasiado.

—O sea que eres de secano, vamos.

El público rió la ocurrencia y también Angela.

—De todas formas —prosiguió— no tenéis más remedio que decidiros ¡ya! Sois los concursantes menos decididos que han pasado por el programa.

—Lo dejamos —habló resueltamente Fernando—, ¿Estás de acuerdo? —se dirigió a su hermana.

—Bueno, pero a mí me gusta más que la máscara.

—No empecemos otra vez —indicó la presentadora.

—Lo dejamos. Ya está. Dejamos el barquito.

—Entonces, vamos a leer la tarjeta. ¿Seguros, no?

—Yo no lo dejaría —repitió Angela.

—Lo dejamos —respondió tajante Fernando.

—Veamos qué dice aquí: «Las botellas de cristal son objetos muy frágiles y mucho más si dentro llevan estas pequeñas obras maestras, fruto de la paciencia y la constancia...» ¿Sigo?

—Sí, sí, sigue.

El muchacho estaba francamente nervioso.

—«...aunque mucho más frágil son... éstas. ¡Doce docenas de huevos que acabáis de perder!»

—¡Bien, bien! ¡Eres maravilloso, Fernando! ¡Te quiero! ¡Yupiii!

Se abrazaron encantadísimos de haber vuelto a acertar. El público sonreía y participaba de la alegría de los jóvenes.

—Bueno —intentó hablar Rosa María por encima del griterío—. Ahora… —y tuvo que hacer una pausa porque la alegría de los hermanos arrastraba a los espectadores y la barahúnda era total.

—Ahora —elevó aún más la voz obligando a guardar silencio— vamos a ver qué es lo que habéis ganado. Antes tengo que recordar que en este programa no ha salido aún la calabaza y que sabéis que calabaza ¡hay en todos!

—Ya te lo he dicho, Fernando. Eso es la calabaza.

—¡Calla, mujer! Ya no hay solución. Vamos a ver lo que ocurre.

—Yo quiero portarme bien con vosotros y antes de que os quedéis con este regalo os ofrezco ¡cien mil pesetas!

—No, no. Queremos la máscara.

—Yo preferiría el dinero, Nando. Eso es la calabaza y nos vamos a ir sin nada. Ya lo verás. —Ya que nos hemos decidido por este regalo, nos quedamos con él hasta el final. —Como quieras.

—Os ofrezco ¡doscientas mil pesetas!

Rosa María vino a complicar aún más la situación.

—Nando, nos llevamos el dinero y ya está. ¿No ves que cuando nos ofrece el dinero es porque no hay nada?

—Eso no lo sabemos. Muchas veces ha ofrecido y luego el regalo era más valioso.

—Yo me llevaría el dinero —repitió Angela como una cantinela.

—Nos quedamos con la máscara, ¿de acuerdo? Por lo menos nos servirá de adorno para la pared.

—¡Claro! —le respondió con un mohín su hermana.

—Bueno. Tú ganas, cogemos el dinero.

Cuando Angela se dio cuenta de que la responsabilidad de la decisión caía sobre ella, cambió de parecer rápidamente.

—No, no. La máscara. Como tú dices.

—¿Estás de acuerdo, entonces?

—Totalmente, la máscara, Rosa María. Nos quedamos con la máscara tenga lo que tenga.

—Está bien, vosotros lo habéis querido.

Nuevamente los jóvenes se miraron desconcertados por la opinión de la presentadora. —Nos quedamos con la máscara.

—¿Doscientas cincuenta mil pesetas?

—¡La máscara! —respondieron al mismo tiempo.

—Como queráis. Entonces sigo:…«hay caras simpáticas y caras antipáticas, como la de esta máscara, aunque… ¿sigo?

Los concursantes asintieron con la cabeza sin pronunciar palabra.

—«…aunque no es oro todo lo que reluce pues, tras esta terrorífica cara está…

Quitó un papel que cubría la parte posterior de la careta.

—…está el simpático rostro de… ¡Nuestra calabaza!»

Un ¡ooooooh! de desilusión llenó el estudio. Los dos hermanos se miraron con el rostro compungido. Todo estaba perdido.

—Y esto es todo. Ya os avisé de que no había salido la calabaza todavía. Pero… ¿qué es esto? ¿Otra tarjeta? Está aquí dentro de la nariz. Veré si la puedo sacar… Vamos a ver… ¡Aquí está! ¡Hay otra tarjeta…! Os ofrezco trescientas mil pesetas y dejamos la calabaza. —No, no la calabaza —dijo en este caso Angela.

—Entonces… vuelvo a leer la tarjeta:…«Y como no es oro todo lo que reluce, la calabaza en esta ocasión quiere ser simpática y generosa con vosotros y por eso… ¡Os ha correspondido un maravilloso viaje al país de donde es oriunda esta máscara! ¡A Kenia! ¡Un maravilloso viaje de quince días a Kenia, con safari incluido!»

El alborozo de los presentes no permitió oír los comentarios de los ganadores que, abrazados, daban saltos y gritaban llenos de alegría.

CAPITULO II

ANGELA llegó a la oficina la mañana del lunes. Sabía que iba a ser el centro de atención durante varios días.

Y así fue.

Nada más entrar, su amiga Lorena le dio la enhorabuena.

—¡Felicidades, cariño! Estuvisteis magníficos. No me separé ni un solo momento de la televisión. Le dije a Alejandro que se ocupara de los niños. No quería perdérmelo. ¡Qué alegría! Es un viaje estupendo.

Al oír las voces un par de compañeros se aproximaron hasta ellas.

—¡Qué hay, Angela! Estás hecha una vedette de primera fila. Además estabas guapísima, quizá un poco nerviosa, ¿no? —le dijo Luis, su jefe inmediato.

—Es cierto. Pero no estaba un poco, estaba nerviosísima. Es impresionante el efecto que causan esas cámaras, de cerca parecen enormes, siguiéndote a todas partes. La verdad es que nos divertimos muchísimo. Y el premio no está nada mal, ¿verdad?

—Yo creía que os llevabais la calabaza nada más —confesó Manolo, el contable

—Yo también —aseveró Angela—, Por un momento pensé que nos traeríamos la máscara como adorno.

—¿Has llamado a tus padres?

—No, Lorena. Llamaron ellos. Ya sabes que mi madre está algo delicada y por eso no pudieron venir. Lo vieron por la televisión. Mi madre me dijo que se había excitado mucho cuando vio que sólo ganábamos la calabaza.

—Es que da rabia, ¿verdad?

—¡Claro! Pero de verdad, pienso que lo mejor es pasar la experiencia de la tele. Es lo que más me ha gustado.

—¿Y tu hermano? ¿Está contento? —preguntó Lorena.

—Muchísimo. Con lo que le gusta viajar…

—Y, ¿cuándo pensáis hacer el viaje?

—Verás, Luis. De eso me gustaría hablar contigo antes de planteárselo al señor Menéndez.

—No es preciso que hables con él. Yo mismo lo haré. Pásate a media mañana por mi despacho y lo hablaremos, ¿quieres?

—De acuerdo. Ahora, lo mejor será que empecemos a trabajar. Aunque a decir verdad hoy no me apetecía lo más mínimo venir a la oficina. Primero por ser lunes y segundo porque me da la impresión de que algo ha cambiado en mi vida. Pero este lugar me coloca nuevamente en mi sitio y me hace volver a la realidad.

Unas cuantas risitas fue toda la contestación que obtuvo. Cada uno se dirigió hacia su mesa. Lorena y Angela atravesaron el pasillo y entraron en el *hall* del despacho de dirección.

—Te aseguro —dijo a su amiga— que tengo la impresión de que todo va a ser distinto a partir de ahora.

—¡Y tanto! Entre otras cosas vas a conocer Africa, continente muy distinto al nuestro. Y te vas a tirar quince días como una reina con todos los gastos pagados. ¿Te parece poco?

Un safari en Kenia o esta maravillosa oficina enmoquetada del paseo de la Castellana. ¡Ni comparación, guapa, ni compasión!

Angela soltó una carcajada.

* * *

—Pasa, Angela. Siéntate, por favor. Tú me dirás cuándo quieres marcharte.

—Mira, nos han dicho que ésta es la mejor época para ir a Kenia. Además prefiero tomarme ahora unos días de descanso. Ya sabes que lo de mi madre me tiene muy preocupada.

—¿Cómo sigue?

—Parece que se encuentra mejor. Allí viven, en Torremolinos. El clima es muy bueno para ellos.

—Esperemos que se recupere pronto.

Hizo una pausa y continuó:

—Entonces me dices que prefieres irte ahora.

—Si es posible, lo prefiero. Nando también va a pedir permiso para estas fechas.

—¿Y exactamente cuándo sería?

—Del quince de marzo al uno de abril.

Luis miró un calendario que tenía sobre la mesa. Después ojeó una agenda en la que estaba anotado el trabajo para los días siguientes.

—No veo ningún impedimento para que no te puedas marchar ahora. Tenías además cuatro días que no cogiste en las últimas vacaciones.

—Sí, pero prefiero dejarlos para el verano, si no te importa.

—En absoluto. Pues, ya está. ¡Que tengas buen viaje!

Angela hizo gesto de levantarse.

—¿Cuándo salimos? Me gustaría invitarte a cenar antes de que te

marches. ¿Es posible? —Luis…, no fuerces la situación.

—No fuerzo nada, simplemente quiero cenar contigo uno de estos días. Quedan sólo cuatro para que te vayas. No pido tanto…

—Está bien. Cenamos juntos mañana. Pero quiero volver pronto a casa. Luego no te llames a engaño.

—Está bien. Como quieras.

Angela se levantó con parsimonia y se dirigió hacia la puerta. Luis la cortó el paso.

—Por favor. Déjalo estar —le sugirió.

Sin pronunciar palabra el joven se retiró hacia su mesa y tomó asiento nuevamente.

—Hasta mañana, Angela. Pasaré a buscarte a las ocho.

—De acuerdo.

—¡Hola, Nando! ¿Qué tal te ha ido?

—¡Qué hay! Bien. He conseguido el permiso.

—¡Estupendo! Yo también. Luis se ha portado como un hombre y no me ha puesto ni la más mínima pega. Podemos irnos el día quince.

—Habrá que llamar a televisión para ponerse en contacto con la agencia de viajes para obtener los billetes.

—¿Te importaría encargarte tú de ese asunto? Yo puedo comprar lo que necesitamos para el viaje y ultimar detalles en la casa. También habrá que ir al banco y cambiar dinero.

—Lo mejor es llevar dólares. Funcionan como un salvoconducto. ¡Ah! y alcohol. Los nativos son muy borrachos, me han dicho en la editorial.

—Entonces, de acuerdo. Tú arreglas el viaje y yo lo demás. Estoy muy ilusionada, Nando. Me gustaría que papá y mamá estuviesen aquí…

—No cambiaría en nada la situación.

—Ya, pero disfrutarían de nuestra alegría, ¿te parece poco?

—Sí, tienes razón, pero ¿qué pensarías si te dijera que tengo un hambre de lobo?

—Muy sencillo: prepárate la cena.

Y soltó una carcajada.

—No me hace ninguna gracia —dijo Nando—. Quedamos en que hoy te tocaba a ti. —Tienes razón, pero he llegado hace muy poco rato. Me entretuve con Lorena hablando de lo de televisión.

—Entonces, vamos a la cocina. Haremos la cena entre los dos.

—Así me gusta, buen chico. Me encantaría encontrar un marido tan dispuesto como tú. —No te va a ser fácil. No hay muchos tontos.

Y se enfundó el delantal para no salpicarse de grasa los pantalones.

* * *

El trabajo en la oficina había sido agotador. Angela estaba rendida. En realidad no le apetecía lo más mínimo ir a cenar con Luis, pero sabía que no le quedaba otro remedio. Él se empeñaba en mantener una situación que no era real. Las cosas no volverían a ser como antes. Angela lo sabía.

Desde aquel día en que se enteró casualmente de que él estaba prometido, Luis se había caído del pedestal. No debió ocultárselo, pero era un cobarde. Lo demostraba en la oficina; cada vez que el jefe supremo le llamaba, se plegaba a sus deseos, aunque estuviese en contra. Angela no volvería a quererle.

A pesar de todo, apreciaba su buena voluntad. Le hacía la vida fácil en la oficina e intentaba portarse bien con el resto de sus compañeros a pesar de ser el jefe de personal. Por un momento pensó en Nando. Estaría en casa, tranquilo, sentado en el sofá, viendo la televisión o leyendo un libro. Por un momento sintió deseos de salir corriendo hacia su casa. En ese preciso instante apareció Luis.

—Recuerda que pasaré a buscarte a las ocho.

—No lo olvido, descuida.

No tenía escapatoria. Aquella noche cenaría con Luis.

* * *

El día anterior a su partida, un jueves, Angela dedicó el tiempo libre a hacer compras y ultimar detalles.

Tuvo también que pasar por una clínica para vacunarse contra el cólera y la fiebre amarilla, recomendado por los guías del viaje. Asimismo llevó una extensa lista de medicamentos que le sugirieron los conocedores del terreno.

En una ocasión la malaria había hecho estragos en la excursión y la mitad de los turistas se había quedado durante todo el viaje en el hotel con fiebres muy altas.

Todas estas cosas le parecían a Angela de película, pero en el fondo estaba un poco asustada al enfrentarse con un mundo desconocido para ella.

Compró una buena partida de camisetas de verano de todos los colores que encontró a muy buen precio en una liquidación y para su hermano llevó un par de camisas estilo hawaiano, muy fresquitas, que las podría utilizar junto a las playas de Mombassa.

Todo transcurrió como lo había previsto. Almorzó sola en los grandes almacenes y alrededor de las seis de la tarde llegó a casa. Nando no tardaría.

Su hermano, dos años menor que ella, la quería con locura. Siempre se habían llevado muy bien. Cuando su madre enfermó y sus padres

decidieron irse a vivir cerca del mar, ellos decidieron seguir viviendo juntos en la casa paterna. Habían dividido los trabajos de tal forma que los dos colaboraban en las tareas de la casa. En cuanto a recibir amigos también tenían sus leyes. Dependía de la intimidad que tenían con el visitante. En ese caso, se dejaba el campo libre y o ella o Nando se iban a dormir a casa de amigos. En suma, se llevaban perfectamente, se hacían compañía, se ayudaban en todo y afortunadamente, cada uno tenía su trabajo, pues Nando era traductor en una editorial. No les faltaba nada.

Angela tenía veinticinco años. Era una mujer preciosa, de pelo castaño y ojos verdosos de mirada profunda que traspasaba el alma. Sus labios, algo gruesos, seducían a la mayor parte de sus acompañantes. No excesivamente alta, tenía el cuerpo muy bien proporcionado, ágil y flexible, armonioso, gracias a las clases de danza que tomaba dos días por semana.

Era una joven soñadora y romántica, pero con los pies pegados a la tierra. Hacía poco más de un año que había empezado a salir con Luis Mateos, su jefe. Cuando se enteró de que estaba comprometido con la hija de un conocido industrial, fabricante de zapatos, rompió con él de la noche a la mañana. No estaba dispuesta a dejarse engañar. Desde entonces Luis la había perseguido, pero sin abandonar a su novia. Angela había dejado las cosas muy claras: «Podemos seguir siendo amigos, nada más», le había dicho.

Nando era un muchacho alegre pero reflexivo. Nunca daba un paso en falso, tomaba sus decisiones después de haber pensado todos los inconvenientes. A sus años, tenía muchas amigas, pero con ninguna iba en serio. Y no lo ocultaba.

Angela se tumbó en el sofá del saloncito, estaba cansada. «Es increíble lo que cansa ir de compras», pensó.

Reposaba hacía cinco minutos cuando oyó la llave en la cerradura.

—¡Nando! —gritó.

—Sí, soy yo.

Su hermano entró en el salón eufórico.

—Ya está, hermanita, quince días sin ir a trabajar, disfrutando de unas maravillosas y misteriosas vacaciones.

—Mira, he hecho algunas compras. Espero que te guste.

Extendió en la mesa del comedor toda la mercancía. Nando no puso ninguna pega. Su hermana le conocía lo suficiente para saber cuáles eran sus gustos.

—Perfecto. Seguro que ligo con alguna nativa. Está muy bien todo. Eres un sol, hermanita.

Y le dio un sonoro beso en la mejilla.

Aquella noche, las luces de sus respectivas habitaciones, estuvieron

encendidas hasta bien entrada la madrugada. Ninguno de los dos podía conciliar el sueño.

* * *

Los veinte participantes tomaron el avión con destino a Nairobi. Todos fueron presentados entre sí. La agencia tenía por costumbre hacerlo.

En Africa no se sentirían tan solos.

A Angela le cayó muy bien un matrimonio, los Puche, de unos cuarenta años. Mari, la mujer, era muy dicharachera y simpática. Se sentaron juntas en el avión. Había también una joven que viajaba sola, Yolanda, estudiante de Antropología que aprovechaba el viaje para llevar a cabo unos estudios *in situ* en la tribu de los Masai.

Lorenzo, Samuel y Pedro, primos entre sí, hijos de los hermanos Villalta, conocidos ganaderos andaluces, realizaban también el viaje, invitados por sus respectivos padres.

De los demás integrantes del grupo, Angela no se había quedado con el nombre porque no le parecieron lo suficientemente interesantes. Había otro matrimonio mayor que los Puche y un grupo de cinco funcionarias que se habían decidido a hacer juntas el viaje. Aquella aventura no les pegaba lo más mínimo, pensó Angela. «Les hubiera ido mejor en Canarias.»

Pasaron la noche a bordo del avión. La cena, plastificada, no había sido muy buena, pero les había calmado el apetito. Afortunadamente Angela había pensado en ello y llevaba unos deliciosos sandwiches de ensaladilla que ella misma había hecho. Le ofreció uno a Mari.

—Gracias, cariño, pero engordan mucho. Tengo que cuidarme. Acabo de entrar en una edad peligrosa.

Y acercándose a su oído le comentó:

—Los cuarenta…

Angela le respondió con una sonrisa y no insistió más. Luego se recostó en la butaca y se quedó profundamente dormida. Era lógico, pues la noche anterior no había pegado ojo. La despertó la voz de la azafata que anunciaba por el altavoz la próxima llegada a Nairobi.

Se restregó los ojos y miró a su alrededor. Los rostros somnolientos de los pasajeros denunciaban la mala noche pasada. Nando hablaba animadamente con Juan Puche. —Pues un amigo que trabaja conmigo en la editorial y que hizo este viaje me ha dicho que el marfil está muy barato.

—¡Hombre!, yo tengo entendido que donde está barato es en Costa de Marfil.

—Ya —respondió Nando—, pero aquí también y la madera noble. Creo que las máscaras de ébano son maravillosas.

—En fin —respondió su interlocutor—, ya lo veremos cuando vayamos al mercado. ¿Sabes que hay que regatear siempre?

—Sí, me lo dijo este amigo. Generalmente sacas la mercancía por la cuarta parte, de la cantidad que te piden al principio. Ya estoy preparado. He practicado bastante en el Rastro.

Juan soltó una carcajada.

—¿Qué pasa? ¿De qué habláis? —preguntó Mari intrigada—. Seguro que de mujeres.

Y dirigiéndose a Angela prosiguió:

—En cuanto se juntan dos hombres, es su tema favorito. O ése o el fútbol.

—¿Y es que hay algún tema más interesante en esta vida? —respondió con ironía Juan. —Anda, no seas bobo. Estos amigos van a pensar que eres un cretino.

—Bueno, bueno, haya paz —intervino Femando—. Abrocharos los cinturones que vamos a aterrizar.

CAPITULO III

NADA más bajar del avión, les estaba esperando un autocar para conducirles al hotel Intercontinental, donde se hospedarían durante su estancia en Nairobi.

El grupo de españoles permaneció en el centro del *hall* del hotel, entre una montaña de maletas. Un guía americano gran conocedor del terreno, se haría cargo a partir de ese momento de la expedición. Y era a él a quien esperaban.

La menuda azafata de la agencia de viajes que les había acompañado durante todo el trayecto, se despidió de ellos.

—Les dejo en buenas manos. De todas formas nuestra agencia sigue en todo momento a su disposición. Una simple llamada de teléfono a nuestra sucursal aquí y todo estará arreglado. Espero que pasen quince días maravillosos.

Max Harrison entró por la puerta giratoria de hotel como una exhalación.

—Buenos días, señoras y señores. Disculpen mi retraso. Había un atasco junto al mercado. Acabo de cruzarme con la señorita de la agencia. Todo está en orden. Aquí tengo la lista de todos ustedes.

Y tomando aliento continuó:

—Soy Max Harrison. Estaré con ustedes estos quince días. Recorreremos gran parte del territorio de Kenia, desde Mombassa hasta el monte Kenia. Les aseguro un magnífico e interesante viaje. Bienvenidos.

Había hablado en un correcto castellano, con marcado acento americano. Donde más se notaba era en las erres, que no conseguía pronunciarlas con fuerza, más bien las escurría.

—Es guapísimo —dijo Mari al oído de Angela.

—Ahora —continuó el guía—. Vamos a recepción para que les asignen sus habitaciones. Es cuestión de unos minutos. Ya comprendo que estarán ustedes cansados del viaje. Por eso esta mañana la tienen ustedes libre. Por la tarde, pasaré a recogerles sobre las cuatro para visitar la ciudad. ¿De acuerdo? ¿Quieren hacerme alguna pregunta?

El cansancio era tal que ninguno de los viajeros se atrevió a preguntar nada para no demorar la subida a las habitaciones.

Angela y Fernando cogieron sus maletas y se acercaron al mostrador

del hotel.

—La estancia aquí les será muy agradable. Tienen piscina climatizada, cancha de tenis, minigolf, squash… Por otra parte el servicio es sumamente amable y están dispuestos a complacerles a ustedes hasta en los más mínimos detalles. Tienen un intérprete de español para evitar posibles problemas. Y aunque vean en sus rostros gestos que pueden parecerles hostiles, no hagan caso de las apariencias. Es la gente más servicial del mundo. Por supuesto son de color y nativos de las diferentes tribus del país.

Distribuyeron las habitaciones rápidamente, tal como había dicho el guía. Los Puche pidieron la contigua a Angela y Nando.

Subieron en el ascensor, enmoquetado hasta las paredes de un color naranja que hacía daño a la vista. Los colores fuertes eran predominantes en toda la decoración del hotel, de un gusto charro y hortera para la estética de Angela.

Nada más entrar en su habitación, se tiró sobre la cama. Al poco tiempo se levantó y dio unos toquecitos en la pared. Nando le contestó desde el otro lado.

Dio un vistazo a la sala. Unas cortinas de enormes flores adornaban el gran ventanal que daba a un exótico jardín. Las sillas, tapizadas de la misma tela que las cortinas se ajustaban a un estilo clásico. Un sofá marrón y una pequeña mesa de centro, —en un ángulo de la amplia estancia, daban un toque acogedor. La mesa, oscura, resaltaba con las flores de las sillas. «No está mal», se dijo.

La cama era espaciosa. Podían dormir perfectamente dos personas sin rozarse. «No deben ser muy cariñosos aquí» y se rió a sí misma la ocurrencia.

La colcha, verde manzana combinaba perfectamente con la moqueta verde oscura.

Una vez pasada revista a la habitación, se dirigió hacia el cuarto de baño. Abrió la puerta y el reflejo del sol en los azulejos le cegó la vista. Bajó un poco la persiana para no ser deslumbrada y miró a su alrededor.

Un blanco inmaculado refulgía por todas partes. Tan sólo las toallas, azul eléctrico, marcaban una nota de color al cuarto.

«Está muy limpio» y abrió los grifos para prepararse un baño.

Comenzó a sacar la ropa de la maleta mientras se llenaba la bañera. Fue colocando todo en el armario con el orden que era habitual en ella.

De pronto llamaron a la puerta.

—Pase.

Un criado negro con impecable traje blanco apareció.

—¿Miss Martín Luque?

Angela hizo un esfuerzo por entender al hombre.

—Sí, yo soy.

El criado le alargó una bandeja que contenía un sobre blanco.

—¿Es para mí? —le preguntó llevándose el dedo índice al pecho para ser comprendida por el gesto más que por la palabra.

—*Yes*, sí, miss.

Angela alargó la mano y tomó el sobre. Sin más, el criado se retiró.

Lo abrió entonces, y sacó un papel. «Bien venida. Nos veremos pronto.» No llevaba firma, ni nada que pudiese dar a conocer a la persona que enviaba la misiva. Angela quedó sorprendida.

«Me han debido confundir con alguien, o tal vez en este hotel tienen costumbre de saludar a los huéspedes de esta forma.»

Y sin dar mayor importancia al hecho, hizo una bola de papel con la cartita y la tiró a la papelera que había junto a la mesa.

Estuvo en el baño cerca de media hora. Luego, se tumbó a descansar y puso el despertador de su reloj de pulsera a las dos y media de la tarde.

* * *

Bajó al comedor del hotel. Su hermano y los Puche habían tomado ya asiento en una de las mesas junto al jardín.

—¿Qué tal habéis descansado? Yo estoy fenomenal. Me di un baño y he dormido tres horas sin darme cuenta. ¿Y tú, Nando?

—He hecho lo mismo que tú. Únicamente que yo no pude dormirme y he estado leyendo una guía de Nairobi. Os puedo decir dónde están los monumentos más importantes, los comercios y los bares.

Les sirvieron la comida al estilo europeo. Entremeses, carne a la plancha y un poco de ensalada algo más amarillenta que las españolas.

—¡Qué desilusión! —dijo Angela—, pensé que la comida iba a ser típica.

—Tal vez no han querido asustarnos el primer día —respondió Mari —, Te advierto que yo agradezco este almuerzo, ligero y conocido. Sobre todo conocido. Aunque me gustaría saber de qué es la carne.

—Mejor no preguntes —contestó su marido—. Es preferible mantenerse en la ignorancia.

Tomaron luego café, muy claro y aromático y siguieron la sobremesa durante un rato. A las cuatro en punto, apareció en la puerta del comedor el guía.

—Buenas tardes, señores, ¿qué tal han descansado? ¿Les gusta el alojamiento? ¿Tienen algún problema?

Los comentarios fueron positivos, nadie tenía queja, por el momento.

—Cuando ustedes gusten pueden ir subiendo al autocar. Les espera en la puerta. Haremos un recorrido por la ciudad.

Poco a poco los turistas fueron tomando asiento en el espléndido coche. Una vez todos arriba, Max dio la orden al conductor para que iniciara el viaje. Tomó el micrófono y conectó los altavoces.

—Esta ciudad está situada a unos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar y es una de las más atractivas y modernas urbes del Africa Negra. Les llamará la atención por su brillante colorido, los trajes de los ciudadanos, sus comercios que exponen fuera los géneros y, en fin, creo que todo será una novedad para ustedes. Los puntos de máximo interés de nuestra visita serán el Ayuntamiento, el Museo Nacional, los edificios del Parlamento, el centro internacional Kenyata Conferencie Center, la zona comercial de la avenida

Kenyata, y los bazares de la calle Kimathi donde se encuentra el foso de las serpientes.

Un ¡oooh! atravesó el autocar. La visita aparecía de lo más sugestiva e interesante.

—Creo que van a ser unas vacaciones magníficas. Y lo que más ilusión me hace es el poco dinero que nos va a costar, ¿verdad, Nando?

—Claro, Angela. ¡Fíjate en ese tenderete! ¡Tienen unos collares preciosos, fíjate, fíjate!

Estaban parados ante un semáforo y Fernando aprovechó para observar detenidamente los objetos expuestos en el suelo por los comerciantes.

Una jovencita que aparentaba unos quince años, ofrecía a los turistas sus artículos. El pelo rizadísimo y muy corto estaba adornado por una trenza de cintas multicolor. Un enorme collar de treinta o cuarenta vueltas cubría su cuello hasta mitad del pecho. Cada vuelta era de un color, predominando el verde. Tres brazaletes blancos adornaban su brazo izquierdo. Tapaba su cuerpo con una tela rosa que la envolvía como una sábana. En las caderas un hermoso cinturón también de cuentas. Sus rasgos negroides era bellísimos y sus ojos recordaron a Nando los de una gacela asustada.

—¡Es preciosa! ¿Verdad, Angela?

Continuaron el camino pasando por todos los lugares que había enumerado Max.

El autocar aparcó cerca de la calle Kimathi para que pudieran observar con atención los bazares.

Angela y Fernando, seguidos de Yolanda, la estudiante de Antropología y los Puche, entraron en uno de ellos.

—Los monumentos no revisten demasiado interés. Son todos modernos —observó Yolanda—. Lo bueno será cuando nos adentremos en el territorio de los Masai. Fueron los guerreros más fieros de todo el Africa Negra. Allí la vegetación y la fauna le transportan a uno a otro mundo.

—Tienes razón —replicó Angela—. Para monumentos es mejor Italia.

Las ropas de colores chillones colgaban del techo. Camisas de manga corta, pareos, túnicas y pantalones cortos eran las piezas de ropa más abundantes. Multitud de sortijas y pulseras se apiñaban como un enjambre en los cestos.

—Son bonitos —dijo Mari—. Pero a mí no me gusta comprar en el primer sitio que entro. Ya tendré tiempo.

—Mari cree que está en las rebajas —comentó jocoso Juan.

—¡Qué gracioso! —le dijo enfadada.

Los vestidos de las mujeres llamaban enormemente la atención de Fernando. Dejaban ver tan sólo parte del tobillo y sus pies descalzos. También los brazos quedaban libres, pero era el arte con que se envolvían en ellas lo que le subyugaba.

Terminaron la tarde rendidos de dar vueltas, pero enormemente satisfechos de haber tomado contacto con aquel mundo tan distinto al de ellos.

Cuando llegaron al hotel se despidieron para subir a las habitaciones. Yolanda quedó rezagada comprando una chocolatina y Fernando tuvo que acudir a recepción para recoger una carta.

Un poco extrañado, miró el sobre. No tenía ninguna dirección, tan sólo su nombre. Míster Martín Luque.

Abrió con cierta desconfianza el sobre y sacó el papelito blanco que contenía. «Cada vez estamos más cerca.» Ni una palabra más.

Volvió de un lado y del otro el papel, pero no descubrió ningún signo aclaratorio. Se dirigió al conserje y le pidió, en un perfecto inglés, que le explicara quién había dejado aquella nota para él.

—No puedo decírselo, señor —le respondió también en inglés, aunque un tanto macarrónico—. Ha sido mi compañero el que la ha recibido. Yo he tomado el turno de noche y acabo de entrar a trabajar ahora mismo. Lo siento. Si tiene interés en saberlo, yo mismo me ocuparé de preguntárselo mañana, cuando vuelva al trabajo.

—Muy bien. Me gustaría saberlo. Muchas gracias. Buenas noches.

Subió hasta el segundo piso a pie por las escaleras. Reflexionaba sobre la nota.

> «Tampoco tiene demasiada importancia. Tal vez sea una broma de mal gusto de alguno del grupo. O de Juan. Pero ¿por qué la escriben en inglés?»

Dejó la pregunta sin respuesta porque ya estaba delante de su habitación.

Antes de sacar la llave pensó en acercarse a la habitación de su

hermana para darle cuenta del hecho. Luego desestimó la idea. No tenía por qué preocuparla sin causa justificada.

* * *

Fernando se despertó muy temprano. El desayuno era servido a las nueve de la mañana y todavía eran las ocho y cuarto.

Decidió bajar al jardín y aspirar el fresco olor de la mañana. Giró por un recodo y divisó a lo lejos un banco que recibía los rayos del sol. Encaminó sus pasos hacia allí.

A veinte metros, vio deslizarse una silueta que tomó asiento. Era Yolanda.

—Buenos días. Me has asustado. No te he oído llegar.

—Lo siento. Hoy me he despertado muy temprano y he preferido tomar un poco el aire antes que quedarme en la habitación.

—Yo he bajado para tomar algunas notas del viaje. Cosas que me dejo en el tintero y cuando las recuerdo paso enseguida a anotarlas.

—¿Conoces bien este país? —preguntó Nando.

—Por supuesto es la primera vez que vengo, pero he estudiado muchas cosas sobre él. Me conozco perfectamente su geografía. Aunque siempre es mejor conocer las cosas por uno mismo, por eso he aprovechado este viaje y me he decidido a venir. Es en el territorio Masai donde tomaré mis mejores apuntes.

—¿Y qué sabes de Kenia? —preguntó interesado Nando.

—Pues mira, se extiende desde el océano Índico hasta los lagos Rodolfo y Victoria. Está poblado principalmente por negros bantúes, indios y árabes, aunque en pequeño número. Antes fue posesión británica y se llamaba Africa Oriental Inglesa. Constaba de una sola colonia y un protectorado que comprendía los territorios continentales del sultán de Zanzíbar.

—¡Caramba! Estás enteradísima.

—Ya te he dicho que he leído bastante acerca de este país. En general, el Africa Negra me apasiona, tanto sus pobladores como sus costumbres.

—Cuéntame alguna costumbre interesante.

—Hay cientos. Muchas tribus del Africa Negra han practicado el canibalismo.

—¿Y aún existen esas tribus? A ver si hemos venido a pasar unas buenas vacaciones y acabamos convertidos en comida de los bantúes.

Yolanda se rió con ganas.

—No seas tonto. En primer lugar, esta costumbre ha desaparecido prácticamente al haber entrado en contacto con la civilización del

hombre blanco. Y en segundo lugar era un rito. No pienses que andaban comiéndose a la gente por la calle.

—¿Entonces?

—Te explicaré. Tras una batalla, los vencedores extraían el cerebro de los vencidos muertos y lo comían. Pensaban que de esa forma se apoderaban de su valor e inteligencia. Te puedo asegurar que no era un desprestigio para el vencido, sino todo lo contrario.

—¡Ah! Menos mal. Era un consuelo.

—Pero ha habido mucha leyenda en torno a todo esto. Por ejemplo, una de las tribus más fieras del Africa Negra, el Mau-Mau, era un movimiento anticolonialista que los ingleses intentaban desprestigiar llamándoles caníbales.

—Comprendo. O sea que podemos estar tranquilos.

—No te lo tomes a guasa. Todo lo que te cuento es verdad.

—Ya lo sé, mujer. He querido hacer una pequeña broma, nada más. No te enfades conmigo.

—Está bien.

En ese momento anunciaron que se empezaba a servir el desayuno.

—¡Ya ha pasado una hora casi! Con todas estas historias se me ha pasado el tiempo volando. Espero, Yolanda, que no será la última vez que charlemos. Me ha interesado muchísimo todo lo que sabes, te lo aseguro.

—Bueno, entonces, te contaré más cosas en otra ocasión. Ahora, vamos al comedor. Tengo un hambre feroz.

Y mirándole de forma terrorífica le dijo:

—La conversación sobre los caníbales me ha abierto el apetito. ¡Te voy a comeeer!

Y echó a correr tras él por el jardín.

CAPITULO IV

YOLANDA y Fernando se sentaron en una mesa aparte. Siguieron charlando de los estudios, el trabajo, conversaciones triviales que servían para conocer, a grandes rasgos la vida del otro.

Los camareros llevaron el desayuno con diligencia. Huevos fritos con bacon, té o café con leche a elección de los comensales, y zumo de naranja.

—¿Ves, Fernando? Es un típico desayuno inglés.

—Te advierto que a mí no me preocupa lo más mínimo. Está delicioso.

—No, si yo tampoco me quejo.

Y mirando hacia la mesa donde se encontraba Angela con los Puche preguntó:

—Es tu hermana, ¿verdad?

—Claro, ¿qué habías pensado?

—En realidad, nada. Desde luego ésa es la impresión que da.

Comieron con avidez el contenido de los platos. Luego Fernando, lentamente bebió el zumo de naranja.

—Lo estás saboreando, ¿eh?

—Efectivamente. Me he quedado como un reloj y esto —dijo levantando el vaso— ayuda a colocar toda la comida en su sitio. Desde luego los ingleses son unos tíos listos. Yolanda permaneció callada. Transcurridos unos minutos, Nando intervino:

—¿Te ocurre algo?

—No lo sé. Parece que no me ha sentado demasiado bien la comida. Tal vez sea porque comí demasiado deprisa.

—Tienes razón. Podemos pedir un poco de bicarbonato, aunque a lo mejor estos chicos —señaló a un camarero bastante alto y delgado con rostro afilado y nariz anchísima — no saben lo que es.

—No, gracias, Fernando. Prefiero subir a mi habitación. Allí tengo unas pastillas para el estómago.

Y para quitar dramatismo a la situación dijo con sorna:

—Quizás es la úlcera, que te ataca de nuevo.

Se levantó y fue hacia la puerta. El camarero alto, bantú de pura cepa, se retiró para dejarle paso.

Fernando se dirigió a la mesa de su hermana.

—Veo que has hecho amistades rápidamente —dijo ésta.

—Sí. Es una chica muy simpática y conoce muy bien toda esta región. Estudia Antropología y es una apasionada del Africa Negra.

—Ya veo que tú también te has aficionado a la Antropología.

—Oye, hermanita, espero que no te moleste.

Y dulcificando la voz dijo Angela:

—En absoluto, cariño. Espero no haber sido yo la que te ha molestado a ti. Me parece estupendo que hayas hecho buenas migas con esa muchacha. A mí también me parece muy simpática e inteligente.

—Está bien. Todo aclarado, pues.

Max Harrison empezó a recorrer las mesas para meter un poco deprisa a los viajeros. El autocar esperaba ya a la puerta del hotel. Se acercó a la mesa de Angela.

—Buenos días. Espero que hayan descansado todos bien.

—Desde luego —habló Angela en nombre de todos—. Es un lugar muy tranquilo y las habitaciones son cómodas.

—Cuando gusten —dijo con delicadeza— pueden ir subiendo al coche. Hoy tenemos un día muy agitado.

—Estupendo —dijo Mari—. Tengo ya ganas de aventura.

—Perdonen un momento, voy a recordar algunas cuestiones para el viaje.

Se colocó en el centro del comedor y alzó la voz.

—Señores, ya saben que vamos a estar diez días recorriendo la región. No volveremos a este hotel hasta el último día. Aquí pueden dejar maletas o todo aquello que consideren que no van a necesitar. Todo estará seguro aquí.

»Ahora bien, les aconsejo que lleven el equipaje justo. Los días serán fatigosos y no es bueno que vayan cargados. Un pequeño maletín de mano sería lo ideal Ropa cómoda y ligera. Calzado suave para caminar…

Y no olviden el traje de baño para las playas de Mombassa. Nada más. Les aguardo en el autocar.

Se dirigió nuevamente a la mesa de Angela.

—Habla usted un castellano casi perfecto —afirmó la joven.

—Sí. He viajado mucho, sobre todo por América Latina. Aprendí a hablar bien en México. Por eso tengo ese deje un tanto raro.

—Lo peor para usted son las erres, ¿no? —dijo Mari.

—Sí. Para un americano es muy difícil pronunciarlas bien. Pero creo que me defiendo. —Por supuesto —elevó la voz Mari—. Habla usted muy bien. ¡Ya quisiera yo hablar inglés como habla usted el castellano!

—¿Alguno de ustedes habla inglés? —preguntó.

—Sí —contestó Angela.

Max inició una conversación con ella en inglés. La joven le respondió con soltura y con una pronunciación muy buena.

—¡Caramba! Habla usted correctamente. Aprendió hace tiempo, ¿no es así?

—De pequeña. Es cuando mejor se queda el acento. Estudié en el British Institute y ahora, por mi trabajo, hablo y redacto constantemente en inglés.

—Perfecto. Si tengo algún problema, ya sé a quién acudir. Bueno, tengo que dejarles. Discúlpenme. Hasta ahora.

Y levantó la mano en un simpático gesto de saludo.

—Es un chico educadísimo. Y muy guapo, además —comentó Mari con cierta tristeza, pensando tal vez que era demasiado joven para ella.

Todo el mundo estaba sentado. Max sacó la lista y comenzó a nombrar uno por uno a los integrantes del grupo.

—María Martín Lozano.

—Aquí —Mari levantó la mano para ser vista porque se habían colocado hacia el final del autocar.

—Juan Puche Martínez.

Su marido realizó el mismo gesto.

—Yolanda Rodríguez de Leza.

Nadie contestó.

—Yolanda Rodríguez de Leza —volvió a repetir Max.

—Creo que estará en su cuarto —explicó Fernando—. Se sintió mal después del desayuno y subió a su habitación. No tardará en bajar.

—Está bien, continuaremos la lista y esperaremos cinco minutos más. Vamos con media hora de retraso.

Siguió enumerando a todos los asistentes. Cuando terminó, Yolanda no había bajado todavía.

—Será mejor que suba a buscarla, ¿no? Tal vez se encuentre mal —sugirió Fernando. —De acuerdo, pero no tardes mucho, por favor. Nos espera un largo recorrido y ya es muy tarde — dijo Max.

Fernando bajó con agilidad del autocar y de un salto entró en el hotel. Se acercó a recepción.

—¿Ha visto bajar a una señorita? ¿La del pelo largo, rubia? —preguntó al mismo conserje que le había dado la nota la noche anterior.

—No, señor. Por aquí no pasó nadie.

Se dirigió hacia los ascensores y pulsó el botón. Al instante llegó y apretó el número tres. Llegado al *hall* del tercer piso giró a la derecha y se encaminó hacia la habitación de Yolanda. Un aspirador trabajaba cuidadosamente en la alcoba de al lado. Llamó a la puerta.

Nadie le respondió.

Volvió a llamar.

Nuevamente el silencio fue la respuesta.

Giró el pomo de la puerta y comprobó que la llave no estaba echada. Abrió con cuidado. En el umbral, llamó a Yolanda.

—¿Estás ahí? ¿Hay alguien?

Abrió un poco más.

Había poca claridad en la habitación. Parpadeó repetidas veces hasta que acostumbró la vista. Sobre un sillón estaba la chaqueta que Yolanda llevaba puesta. Más allá, sobre la cómoda había un maletín.

Tuvo que abrir del todo para comprobar que en la habitación no había nadie.

Sobre la cama, vio el cuerpo de Yolanda.

Su mano derecha, caída, reposaba en el suelo. Parte de su linda melena rubia caía como una cascada por el borde de la cama.

—Yolanda, ¿te encuentras bien? —dijo en voz baja.

La joven no movió ni un dedo.

Fernando, algo nervioso, se aproximó hacia ella. A pesar de la oscuridad pudo ver su rostro. Tenía los ojos cerrados y su gesto era tranquilo. Cuando estuvo cerca del cuerpo, se quedó paralizado. Un hilo de sangre salía del lado izquierdo del pecho y como un río, llegaba hasta la colcha.

Fernando retrocedió con los ojos fijos en la joven. Llegó hasta la puerta.

Sin saber muy bien lo que hacía, llamó en la habitación contigua. El aspirador seguía haciendo ruido.

Una muchacha negra de cabellos muy rizados, le abrió la puerta. Su uniforme verde resaltaba en la negrura de su piel.

—Quédese vigilando esta habitación —le señaló con el dedo—. Yo voy abajo.

La chica hizo gesto de no entender y quiso preguntar algo. Pero él ya estaba en el piso de abajo, saltando los escalones de tres en tres.

* * *

—Avise a la policía, avise a un médico. Creo que hay una mujer muerta arriba.

El conserje abrió los ojos como platos.

—¿Cómo dice, señor?

—Que llame a la policía. Hay una mujer muerta o quizá muy enferma en su habitación.

—¿Qué habitación, señor?

—La trescientas veinticinco.

—Usted acaba de subir a buscar a esa señorita, ¿no es así?

—Claro que acabo de subir, por eso la he visto. ¿Quiere llamar de una vez? —dijo en tono imperioso.

—Sí, señor.

Fernando dejó al conserje dando el aviso y entró en el autocar. Se dirigió a Max con discreción.

—Esa joven no va a poder venir. Está en su cama tumbada, creo que está muerta. Están llamando a la policía.

—¡No es posible! ¿Qué ha pasado?

—No tengo ni la más remota idea. Yo fui a llamarla para que bajase y la encontré sobre la cama con una herida en el pecho. Creo que está muerta.

—Le ruego que no comente nada, por favor. Podría cundir el pánico entre los viajeros y tal vez sea una falsa alarma. ¿Han llamado a un médico?

—Ya se lo he dicho al hombre de recepción, pero le costaba trabajo entenderme. —Espere un momento. Daré una explicación a sus compañeros y nos acercaremos a ver qué pasa.

Conectó el micrófono y se dirigió a los pasajeros. Angela miraba a Fernando con ojos de curiosidad.

—Señoras, vamos a esperar un par de minutos más. Ha surgido un pequeño imprevisto que será solucionado enseguida. Continúen en sus asientos, por favor, y no bajen del vehículo.

Soltó el micro y le dijo a Fernando:

—Vamos.

Cuando llegaron a recepción estaba allí el director del hotel. Fue hacia Max, muy preocupado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—No tengo la menor idea, señor Ngabe. Este joven fue a buscar a una señorita de nuestro grupo que se retrasaba y creo que la ha encontrado…, bueno, dice que muerta. El negro, pulcramente vestido con un bonito traje príncipe de Gales, miró a Fernando.

—¿Es eso cierto?

—Eso creo —contestó escuetamente Nando.

Ahora se dirigió al conserje:

—Kisumu —preguntó el conserje—, ¿has llamado también a un médico?

—Sí, señor. Ya viene para acá.

CAPITULO V

—ESTA muchacha ha sido asesinada con algo parecido a un estilete, pero antes, había sido adormecida con éter —dijo el comisario Bukavi.

Fernando giró la cabeza y emitió un sollozo que quiso ocultar tapándose la boca con las manos.

Allí continuaba el cuerpo sin vida de Yolanda, en la misma posición que la había dejado.

—Lo siento mucho, señor Harrison, pero su expedición no podrá salir, por lo menos en unas horas. Tengo que hablar con los clientes del hotel. No pueden salir ahora. Creo que lo comprende, ¿verdad?

—Desde luego, aunque ello no evita que se acarreen una serie de complicaciones. ¿Por qué la habrán matado?

—Es horrible —dijo Fernando—. Venir a morir aquí, y de esta forma.

—Ella no se enteró de nada —le consoló Max.

—Era tan simpática, estaba tan contenta de haber hecho este viaje…

—Señor… —preguntó el policía.

—Me llamo Fernando Martín Luque.

—¿Está bien que le llame Fernando?

—Como guste.

—De acuerdo, Fernando. Tiene usted que acompañarnos, si no le molesta. Nos contará todo lo que sepa. ¿Podría dejarnos utilizar, señor Ngabe algún sitio tranquilo? —preguntó el policía al director del hotel.

—Por supuesto. Utilicen mi despacho. Allí estarán cómodos. Voy a ordenar que lo preparen. Les serviré también un poco de café. ¿Cómo es posible que haya pasado en mi hotel? Nunca había ocurrido una cosa semejante. Esto le perjudicará al negocio. —Intentaremos ser lo más discretos posible —le dijo el policía para tranquilizarle.

El señor Ngabe salió llevándose las manos a la cabeza.

—Tome fotos desde todos los ángulos —se dirigió a uno de los agentes uniformados—. Y usted, Udugu, recoja todas las huellas digitales. Hay que resolver este caso cuanto antes.

Se aproximó al cadáver de la chica y observó con atención y cuidado todos los detalles. La sangre había dejado de correr y la palidez del cuerpo empezaba a notarse.

Fernando había reculado varios pasos, evitando así ver a su amiga. Transcurridos algunos minutos el policía le tocó en el hombro.

—¡Vamos al despacho, allí charlaremos mejor! No se preocupe, aunque soy africano he cursado estudios en Inglaterra. He aprendido a la perfección las técnicas de Scotland Yard. —Es espantoso, se queda uno sin reaccionar. Cuesta trabajo creérselo —dijo Fernando. —Acompáñenos usted también, señor Harrison.

Max se había quedado junto a la puerta esperando las órdenes del comisario.

Entraron en el despacho del director del hotel. Sobre una enorme mesa había un pisapapeles con la bandera de Kenia, un par de libros de cuentas y algunos bolígrafos dentro de un vaso de cerámica.

El comisario tomó asiento e hizo un gesto con la mano a Fernando para que se sentara también.

—Señor Harrison, tendrá usted que comunicar a los señores turistas que habrá una demora en su salida. Dígales que ha fallecido la señorita, no dé ninguna explicación más.

—Está bien. Tendré que organizar una salida para esta tarde. Creo que si se quedan todos en el hotel entorpecerán más que otra cosa, ¿no le parece?

—De acuerdo —dijo el policía—, pero hasta que no hablen todos conmigo, no salgan de aquí. Comuníqueselo. Yo iré a hablar con ellos cuando acabe con este joven.

—Hasta luego, pues.

Max salió de la habitación y el comisario se acomodó en la butaca y se dispuso a iniciar el interrogatorio.

—Siento tener que hacerle todas estas preguntas, pero no hay más remedio. ¿Conocía usted hace mucho tiempo a la señorita?

—No, nos conocimos en el viaje. Habíamos cruzado tan sólo algunos saludos. Ha sido esta mañana cuando he estado más tiempo con ella.

—¿Dónde?

—Verá. Me desperté pronto y salí al jardín para tomar el fresco. No tenía otra cosa mejor que hacer. Entonces la encontré sentada en el banco. Nos pusimos a charlar y estuvimos juntos hasta la hora del desayuno.

—¿De qué hablaron?

—Ella me comentó cosas de Kenia. Conocía muy bien este país. Estudiaba Antropología y era una enamorada de Africa, de sus habitantes y sus costumbres. Ella me dijo estas mismas palabras.

—¿Y qué le contó, recuerda?

—Sí. Me habló de los bantúes y de la época en que este país fue colonia inglesa. También me habló de algunos ritos y de canibalismo.

—¿Notó en su conversación que estuviera preocupada por algo?

—Todo lo contrario. Estaba eufórica, muy contenta de haber hecho este viaje. También me dijo que iba a tomar ciertos apuntes de interés

en la tribu de los Masai. Se la veía apasionada y en absoluto con ninguna preocupación.

—¿Ha observado usted alguna anomalía, algo que le haya chocado o extrañado durante su estancia en el hotel?

Fernando reflexionó la respuesta.

—No, francamente no. Claro que para mí todo esto es nuevo, la gente, los vestidos, el habla. Si le contesto realmente le diré que me chocan muchas cosas desde que he llegado a Nairobi, pero no en el sentido que usted insinúa.

—¿Tiene usted alguna idea de quién ha podido hacerlo?

—Ni la más remota.

—Bien. Ahora cuénteme cómo encontró el cadáver.

—Estábamos todos en el autocar dispuestos a salir… Bueno, no. Antes pasó algo. Estábamos en el banco del jardín y avisaron para tomar el desayuno. Acudimos al comedor y nos sentamos juntos en una mesa. Entonces ella se sintió indispuesta y subió a su habitación.

—¿Sola?

—Sí, sola. Luego vino el guía, Max, y nos dijo que ya estaba el autocar dispuesto para la salida. Nos acomodamos todos y cuando pasó lista, faltaba Yolanda. Yo le dije que se había sentido mal y decidí subir a buscarla a su habitación. Cuando entré, la puerta no estaba cerrada con llave, la encontré en la misma posición que usted la vio. Mi primera impresión es que estaba muerta. No toqué nada. Salí horrorizado. Llamé en la habitación de al lado donde había una mujer de la limpieza. Tenía el aspirador puesto y hacía mucho ruido. Le dije que se quedara en la puerta, guardando la habitación.

—¿Por qué le dijo que se quedara en la puerta?

—No quería que Yolanda se quedara sola.

En esta pausa, Fernando rompió a llorar.

—Cálmese, por favor.

Esperó unos segundos y preguntó:

—¿Eso fue todo?

—Sí. Luego bajé a recepción, se lo comuniqué al conserje y fui hasta el autocar para decírselo al guía.

Llamaron a la puerta.

—Pase —respondió el comisario.

El doctor Bartolomy entró en el despacho. Era un mulato alto y distinguido.

—Buenos días, Bukavi. ¿Otra vez nos encontramos en un asunto de éstos? Estoy deseoso de quedar contigo algún día para tomar una copa.

—Tienes razón.

Y haciendo una pausa…

—Desagradable, ¿verdad? Una mujer joven y bonita. Era española. Aparentemente no hay ningún motivo para que haya encontrado la muerte aquí.

—Te diré que la han asesinado hace menos de dos horas con una pequeña flecha de las que usan los Masai. El orificio es pequeñísimo y el golpe certero. Le atravesó el corazón. Al oír esto, Fernando se llevó las manos al rostro.

—Lo siento, señor.

Fernando movió la cabeza en señal de que lo comprendía.

—Ha tenido que ser un nativo —prosiguió el doctor—. No hay un blanco en todo Africa que pueda asestar un golpe semejante.

—Esto que me dices es muy interesante. ¿Cuándo harás la autopsia?

—Esta misma mañana. Te lo confirmaré en tres o cuatro horas. La durmieron con éter. La habitación apestaba.

Fernando descubrió que era ese olor raro que notó al entrar en el dormitorio de Yolanda. —Está bien. Veremos las huellas. Fernando, tú puedes retirarte. Tu ayuda nos ha servido de mucho. Te lo agradezco. Pero eso no impide que a lo mejor te vuelva a molestar.

—No importa. Lo único que quiero es que descubran quién ha hecho esta salvajada.

—Lo sabremos.

CAPITULO VI

DURANTE toda la tarde el comisario siguió interrogando a todos los huéspedes del hotel y al servicio.

Algunos componentes del grupo se sentaron un poco y Max tuvo que evitar que ciertas historias extrañas empezaran a circular causando el pánico y el terror en los alojados.

La cena se sirvió un poco antes de lo acostumbrado y todos se fueron a la cama pronto. El día había sido bastante agitado y el siguiente lo sería aún más.

Tan sólo Max, Fernando y Angela se quedaron rezagados tomando una copa en el bar del hotel.

La conversación fue corta. La joven comenzó a sentir cierta angustia al recordar la muerte, ya que era la única que conocía la realidad de los hechos.

—Me voy a acostar, Nando. Ha sido un día espantoso. Estoy algo nerviosa, no sé si podré conciliar el sueño.

—¿Quieres que me quede en tu habitación?

—No, no te preocupes. Creo que conseguiré calmarme yo sola. En todo caso, cuento contigo.

—Por supuesto —le respondió su hermano.

—Y conmigo —se ofreció también solícito Max—. Estoy en el mismo piso que vosotros en la habitación doscientas treinta y cuatro. Estoy a tu disposición, Angela.

—Gracias a los dos. Hasta mañana.

Se quedaron solos apurando la copa de coñac.

—Tu hermana es una mujer preciosa. Y tiene mucho dominio de sí misma.

—Sí. Es una mujer con mucha seguridad. Las situaciones difíciles las aborda siempre con frialdad. En contadas ocasiones se ha dejado llevar por los nervios.

Apuró el último trago de licor.

—Perdona, Max. Estoy agotado. Me voy a dormir.

—Lo entiendo perfectamente. Que descanses.

Atravesó el bar con lentitud. De pronto alzó la vista y se encontró con una mirada fría y enigmática. El espejo de la pared reflejaba los ojos de uno de los camareros.

Aquello le hizo sentir miedo y sin saber por qué le trajo a la memoria el cadáver de Yolanda.

* * *

A la mañana siguiente el grupo se dispuso a partir de viaje para iniciar el safari. Todo el mundo intentaba olvidar lo ocurrido el día anterior para no malograr sus vacaciones.

El comisario Bukavi llamó a Fernando un poco antes de partir y le comunicó la confirmación de la muerte por la flecha.

Angela exhortaba a su hermano para que tratara de olvidar el suceso.

Salieron a primera hora hacia Nyeri a través de la zona conocida con el nombre de Kikuyu. Cuando llegaron a las cataratas de Chania, la expedición hizo un alto en el camino para tomar un refrigerio y admirar desde allí el panorama que se ofrecía.

Lorenzo Villalta se acercó a Angela.

—¿Podrías hacernos una foto a los tres desde este ángulo?

—Por supuesto. Esto es una maravilla.

Miró por el objetivo. Detrás de ellos las cataratas vertían sus límpidas aguas.

—Esto parece el paraíso. Poneos un poquito más juntos. Así. Perfecto. Haré una más por si he metido la pata, ¿de acuerdo?

Lorenzo asintió con la cabeza y continuó al lado de sus primos sin moverse del sitio.

—Ya está.

Las distintas tonalidades del verde surcaban las montañas que se divisaban a lo lejos. Angela aspiró con fuerza.

—Gracias —dijo Lorenzo cogiéndole la máquina—. ¿Podríamos cenar juntos esta noche, qué os parece?

—Por mí estupendo, ¿y tú, Nando?

Fernando contemplaba absorto el panorama. Su hermana tuvo que llamarle la atención. —Nando, te estoy hablando, ¿cenamos con Lorenzo y sus primos?

—Perdona, Angela, no me daba cuenta. Sí, por supuesto, me parece muy bien.

—Es que como siempre vais con esos carrozas —dijo Lorenzo refiriéndose a los Puche— no hay quien se atreva…

—No seas así, hombre. Es un matrimonio muy simpático y divertido.

—Sí, sobre todo ella —objetó—. Tiene unas ganas de ligar…

—¡Qué tonterías dices! Anda, Nando, vamos a tomar algo, pronto llegaremos al alojamiento y podremos descansar. Y eso que esta vista relaja el espíritu, ¿no crees?

—A mí me relaja más mirarte a ti, Angela. Eres preciosa —dijo Lorenzo.

La joven dio media vuelta y cogida del brazo de su hermano se dirigió hacia el tenderete que ofrecía bebidas a los viajeros.

* * *

La vista del hotel dejó a todo el mundo boquiabierto. En la parte alta de un pequeño sistema montañoso, se alzaba, suspendido sobre sólidos troncos de árboles. El grupo de funcionarias comenzó a chillar dentro del autocar y cuando paró ante la puerta, se atropellaron para salir las primeras.

Una gran charca, bajo la construcción, mecía sus azules aguas.

—Aquí vienen a beber los animales por la noche —informó Max al grupo—. Por eso observarán ustedes la iluminación que la rodea. Desde sus habitaciones tiene un magnífico punto de observación para descubrir a las distintas especies de animales que se acercan a estas aguas.

—¡Es maravilloso! —exclamó arrobada Mari—, Me quedaría a vivir aquí toda la vida.

—No exageres, querida —le respondió su marido, escéptico.

—Aquí pasaremos la noche y mañana emprenderemos el camino hacia Treetops para comenzar el safari propiamente dicho. Ahora, entren en el bar y les iremos acomodando.

Angela miraba hacia todos lados admirada de lo que tenía ante sus ojos.

El hotel estaba decorado fundamentalmente con fotografías de animales y objetos manuales y de guerra de las tribus de la región. Máscaras, lanzas, arcos y flechas, atributos guerreros se mezclaban con los religiosos.

En un pequeño bazar, exponían la mayoría de los objetos que ofrecían para la venta.

Los criados, con las mismas características raciales que los del hotel de Nairobi daban la impresión de estar menos duchos en su oficio. Quizá hasta allí llegaba menos gente y tenían menos ocasión de practicar.

Una mujer joven, aunque excesivamente gruesa para la edad que representaba, atravesó el *hall* del hotel. Colgaban de sus orejas enormes aros dorados. Sus pechos, al aire, se bamboleaban de un lado para otro. Un niño precioso, de pelo negro rizado y ojos enormes buscaba con interés el pecho de su madre, pero el bailoteo le impedía atraparle.

Uno de los criados cruzó a toda prisa y le dijo a la mujer algo en su lengua. Entonces echó a correr y desapareció.

Todo el grupo miraba hacia el lugar por donde salió la negra.

—Bien venidos, señores.

Ahora, todos los rostros giraron.

Un negro altísimo, de pelo excesivamente corto, ojos brillantes y nariz ancha, que vestía una túnica naranja, apareció ante ellos.

—Les doy la bienvenida a mi humilde morada. Espero que su estancia aquí sea de su agrado. Pueden pasar al comedor y tomar algún bocado. Les hemos preparado carne y frutas. Bien venidos una vez más.

El hombre, descalzo, salió con el mismo sigilo con que había entrado.

—Esto empieza a gustarme —comentó Angela—. Ya empezamos a ver el Africa de verdad.

—No te creas —dijo Nando algo decepcionado—. Yo creo que se viste así precisamente para que nos creamos lo que acabas de decir.

—No es del todo exacto, Nando —dijo Max a su espalda—. Este hombre era un guerrero auténtico. Lo único es que la civilización le enseñó una forma más fácil de obtener dinero. Esas ropas las ha llevado siempre y sus pies, en contadas ocasiones, se han calzado.

—¡Incrédulo! —dijo Angela sacándole la lengua.

—Tomad ahora un bocado, luego podremos dar una vuelta por los alrededores. Te recomiendo —Max se dirigió a Angela— que esta noche te quedes un rato para ver a los animales que se acercan a beber a la charca. Es un espectáculo inaudito, te lo aseguro.

—Seguiré tus consejos —le respondió la joven—, para eso eres el guía.

A la mañana siguiente salieron a bordo de vehículos especialmente acondicionados para que además de disfrutar del safari, pudieran realizar buenas fotografías. Jeeps gigantes con los laterales de cristal, cuyas dobles ruedas eran capaces de correr por cualquier terreno.

Viajaron por el norte de Nanyuki, a través de todo el territorio y bordearon por el norte de Nanyuki, a través de todo el territorio y bordearon la ladera del monte Kenya.

Más tarde llegaron a Samburu Park. Allí pararon a comer antes de proseguir el recorrido para localizar las especies animales del norte.

Max se acercó al grupo formado por Lorenzo, Samuel, Pedro, Fernando, Angela y el matrimonio Puche.

—¿Qué tal les ha ido esta mañana? ¿Están fatigados?

Lorenzo intervino enseguida.

—Oiga, no piense que es usted el único que tiene energías. El que más y el que menos está capacitado para hacer el viaje.

—Me alegro de que no se hayan cansado —contestó obviando la impertinencia de la contestación.

En un momento determinado apartó a Fernando y Angela del grupo.

—Venga hacia el bar. Quiero hablar con ustedes.

Intrigados, le siguieron sin rechistar.

Llegaron a la cafetería y Max les señaló una discreta mesa situada en un rincón de la sala.

—Ante todo, disimulad. No deis la impresión de estar preocupados. ¿Qué vais a tomar? —Yo quiero ginebra con tónica, si es que hay por aquí esa bebida —dijo Angela.

—¡Claro! Aquí han llegado todos los refrescos del mundo, la primera fue por supuesto, la coca-cola. ¿Y tú, Fernando?

—Lo mismo. Tengo mucha sed.

—De acuerdo.

Se acercó al mostrador y pidió la bebida. Luego volvió a la mesa y sacó un papel del bolsillo de la cazadora.

—He recibido un cable de la policía de Nairobi.

—¿Sí? ¿Y qué dice? —preguntó Fernando con ansiedad.

—Ya saben quién es el asesino. Un camarero del hotel.

Fernando volvió a recordar aquella mirada reflejada en el espejo.

—Presiento quién ha sido —dijo.

—¿Estás seguro? —intervino Angela.

—No. He dicho que presiento, No que lo sé. Es una corazonada. Había un camarero con una mirada muy extraña.

—De todas formas, lo que no saben es el móvil. Están completamente despistados al respecto. No lo dicen en el cable pero el camarero no debía de saber gran cosa. Algunos nativos por un puñado de chelines son capaces de todo. Sus costumbres son completamente distintas a las nuestras.

—Es posible que a estas horas ya sepan algo más. He pensado mucho sobre el motivo de este crimen y no lo entiendo. Claro que siempre hay una razón —dijo Fernando.

—O no —sugirió Max—. A veces sucede por error, por accidente…

—Eso es mucho más raro aún —manifestó Angela.

—En fin, quería que lo supierais. Sobre todo tú, Fernando.

—Gracias, Max.

Una joven nativa que levantaba un metro del suelo, acudió con las bebidas.

—Eres preciosa —le dijo Angela.

Y la niña, como si comprendiese, le dedicó la mejor de sus sonrisas acompañada de una reverencia.

* * *

Por la tarde continuaron el recorrido por el Samburu Park. Localizaron cebras Grevy, jirafas reticuladas, gacelas, y un sin fin de animales que

lejos de asustarse parecían posar para que les hiciesen fotos.

Regresaron al campamento cansados, pero tremendamente satisfechos de la hermosa jornada.

Angela cenó tan sólo una fruta, muy parecida al melón. Se despidió de su hermano, saludó a los Puche y subió a su cuarto, desde el que se divisaba la gran charca.

Ya había anochecido y la iluminación había sido conectada. Se asomó para ver si algún animal había acudido a la llamada de la sed.

Entre el ramaje creyó notar movimiento. Se escondió tras la ventana y evitó hacer el más mínimo ruido.

Volvió a mirar hacia el lado donde creyó ver algo. La silueta de una persona atravesó fugazmente un claro. Llevaba una túnica naranja.

Pensó que perdía el tiempo si esperaba a que algún animal se acercase. Y no dio ninguna importancia a aquella aparición.

Se desnudó y tras cepillarse el pelo, se metió en la cama. No tardó mucho tiempo en dormirse.

Tal vez la excitación nerviosa del viaje o algún ruido extraño hizo que Angela entreabriera los ojos. Le pareció que el manillar de la puerta giraba. Prestó más atención al movimiento para asegurarse de que alguien quería entrar en su habitación. Tal vez era Fernando que, como ella, se había despertado inquieto. Habían pasado muchas emociones en aquel viaje.

El pomo de la puerta giró del todo. El chirrido de los goznes la hizo tomar conciencia de la realidad. Entonces sintió miedo. Alguien quería entrar en su habitación sin ser oído. Alguien tramaba algo contra ella. ¿O tal vez querían… matarla?

Contuvo la respiración y con los ojos bien abiertos se decidió a aguantar hasta el último momento para ver quién era la persona que quería sorprenderla.

Lentamente la puerta se fue entreabriendo. De repente, con gran agilidad, la mitad de su cuerpo apareció en el umbral. En la oscuridad de la noche, los ojos centelleantes y la túnica naranja brillaron.

¡La túnica naranja!

Entonces no pudo contenerse y gritó como una loca.

La figura desapareció al instante, pero Angela continuó pidiendo auxilio.

No tardó en llegar Max.

—¿Qué te ha pasado? ¿Alguna pesadilla?

—No ha sido una pesadilla, ha sido real.

—Pero, explícate.

—No sé por qué razón, pero me he despertado hace rato. Eso me ha salvado la vida tal vez. Me pareció oír ruido en la puerta, me mantuve alerta y vi con toda claridad cómo giraba el pestillo. Quise saber quién

era y esperé. Era una silueta alta, tenía que ser un nativo. Llevaba una túnica naranja.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Completamente, Max, tienes que creerme.

Y se arrojó en sus brazos asustada.

—Al ver que iba a entrar comencé a gritar. El debió asustarse también porque no esperaba que yo estuviese despierta.

—Tranquilízate. Ya ha pasado.

La tuvo entre sus brazos un rato. Angela levantó la cabeza y le miró a los ojos. Max, sin decir palabra, la besó con ternura.

—No te preocupes, cariño, no va a pasarte nada.

Le acarició la cabeza y depositó nuevamente un beso en sus labios, esta vez con pasión.

—Lo siento, perdón, no creí, yo…

Fernando había irrumpido en la habitación de su hermana.

—Me despertaron unos gritos y salí a comprobar de dónde venían, luego vine aquí…

—No te preocupes, Nando. Ven aquí —le dijo su hermana—. Efectivamente, he sido yo la que ha gritado. Vino Max enseguida y ahora estaba un poco asustada. Eso es todo. —¿Por qué has gritado?

—Alguien intentó entrar en la habitación.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

—Lo que faltaba. El asunto de Yolanda no ha terminado aún. Algo me dice que el caso no ha concluido.

—No digas tonterías —interrumpió Max—, No tiene nada que ver.

—Eso no lo sabes.

—Ni tú tampoco.

—Bueno, bueno, basta ya. Lo importante es que no ha ocurrido nada. A partir de ahora tendremos más cuidado. A decir verdad, yo tampoco las tengo todas conmigo. Lo que no quiero es que vosotros os enfadéis, ¿eh, chicos?

Los despidió a los dos con un beso y volvió a dormirse hasta la mañana siguiente.

* * *

El desayuno fue de lo más refrescante. Angela tomó una papaya y después chupó un delicioso mango que le dejó sus hebras entre los dientes.

Había olvidado el incidente de la noche y no estaba dispuesta a dejarse arrebatar aquellas maravillosas vacaciones.

Fernando apareció en el comedor con pantalón corto color caqui y un sombrero de ala ancha del mismo color.

—Estás muy en la onda —le dijo su hermana—. Te sienta muy bien el sombrero. ¿Por qué no te lo has puesto antes?

—Me daba un poco de corte, pero como he visto que aquí lo llevan casi todos los blancos… ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien. Después del susto he dormido toda la noche de un tirón. ¿Has visto a Max?

—Sí, está hablando con los conductores de los jeeps, procurando el itinerario. Me ha dicho que hoy atravesaremos el corazón de Africa propiamente dicho. Llegaremos hasta el Safari Club, atravesando los montes de Kenia.

—¿Has puesto carrete nuevo a la máquina?

—Sí, ya me he ocupado de eso.

Metió la mano en el bolsillo de la cazadora para comprobar si llevaba un carrete de repuesto. El gesto le recordó otro semejante. Al mismo tiempo vio aquellos ojos en el espejo. ¡El papel! No había aclarado quién le dejó la nota aquella noche en el hotel de Nairobi.

—¿Sabes que recibí un sobre con un papelito bastante raro?

—¿Dónde? —preguntó Angela.

—En Nairobi. Me lo dio el conserje. No conseguí saber quién lo había dejado.

—¿Y qué ponía el papel?

—«Cada vez estamos más cerca.»

—¿Nada más que eso?

—Nada más. La verdad es que pensé que no sería para mí, pero el sobre llevaba mi nombre.

Angela permaneció en silencio durante unos minutos. Una tenue palidez le cubrió el rostro.

—¿Sabes que yo también recibí, nada más llegar, otro papelito?

—¿Sí? ¿Y cómo no me lo dijiste?

—No le di mayor importancia, ¿no comprendes? Es ahora cuando lo veo de forma diferente.

—¿Y qué ponía tu papel?

—«Bien venida. Nos veremos pronto.»

—¿Y no había nada más en el papel ni en el sobre?

—No, pero también venía a mi nombre. Lo que me extrañó es que la nota estuviera escrita en inglés.

—La mía también —dijo Nando.

Los dos hermanos se miraron a los ojos. En aquel instante estaban pensando lo mismo: «Esto no me gusta nada.»

CAPITULO VII

LOS paisajes eran indescriptibles. Un mundo distinto, misterioso se abrió ante sus ojos. Angela pensó en la cantidad de aventureros y exploradores que pisaron el suelo africano. Ahora lo comprendía.

A pesar del maravilloso viaje, no había podido dejar de sentirse nerviosa.

Había comentado con Max el asunto de las notas y el joven pensó que lo mejor era informar a la policía de Nairobi. Tal vez aquello les aportara alguna luz sobre el misterioso asesinato de Yolanda. En todo caso era mucha casualidad que los dos hermanos hubiesen recibido sendas notas, redactadas en inglés.

Llegaron al Safari Club que era un hotel de superlujo. Las instalaciones tenían todas las comodidades que se pueden desear. Extrañaba pasar con tanta rapidez del mundo de los poblados y las mujeres semidesnudas a aquel modernismo. Había sauna, piscina climatizada, equitación, golf, tenis… Un auténtico oasis de placer.

Los poblados por los que habían pasado estaban construidos con enormes hojas de árboles y madera de los troncos. La alimentación era muy primitiva y, aunque tenían contacto con el mundo exterior, éste no formaba parte de la cultura de los habitantes de las miserables aldeas.

Lorenzo se acercó a Angela con una fotografía en la mano.

—Te la hice ayer en un momento que estabas distraída. Llevas dos días que hablas muy poco. ¿Te ocurre algo?

—No, Lorenzo. Nada especial, simplemente que el viaje me tiene impresionada.

Miró la fotografía.

—Es muy buena, pero estoy mucho más guapa de lo que soy.

—No digas bobadas. Eres la mujer…

Interrumpió sus palabras porque Max se acercaba a ellos.

* * *

—Buenos días. Hoy una nueva etapa. Es la más interesante. Llegaremos hasta al poblado Masai, pero antes iremos al lago Naivasha —les informó Max.

Angela no pudo evitar el recuerdo de Yolanda. Era la parte del viaje

que más la interesaba.

Max leyó sus pensamientos.

—Bueno, vamos a prepararnos. Abandonamos esta región para acercarnos a la frontera con Tanzania.

—Verdaderamente siento dejar este hotel. Es una maravilla. Nunca pensé que pudiera existir un edificio tan moderno en medio de la selva. Max, a propósito, ¿se puede ir en barca por el lago?

—Claro que sí. Pero antes pasaremos por el Gran valle del Rift donde hay otro lago que corresponde al Parque Nacional Nakuru. Te invito a dar un paseo.

—¿También en el Naivasha? —preguntó Angela.

—Sí, y a ti, Fernando, si es que quieres venir con nosotros. Verás cientos y cientos de flamencos rosados y multitud de aves multicolores. Comprenderás en todo su magnitud la obra de la naturaleza.

—Estaré encantado de ir, si pensáis que no molesto…

Angela le dio un puntapié sin que Max lo notara. Lo que acababa de decir su hermano era una impertinencia.

—De acuerdo, entonces. Voy a seguir viendo a los demás viajeros. Hasta luego.

Los dos hermanos se quedaron solos. En sus mentes estaba el recuerdo de Yolanda.

De pronto, uno de los criados salió dando gritos hasta la entrada del hotel. Hablaba en su lengua nativa por lo que nadie pudo comprenderle.

Max llegó enseguida e hizo algunas preguntas al negro. En ese mismo momento, Juan Puche, con una palidez cadavérica, irrumpió en el grupo que se había formado al oír los gritos del servidor.

—Yo sé lo que está diciendo. A mi mujer le ha mordido una serpiente.

Y cayó desmayado al suelo.

Angela entró como una centella en el hotel y fue hasta el primer piso, donde estaba la habitación de Mari.

La encontró tirada en el suelo, convulsionándose como una posesa. Con los ojos en blanco, expulsaba gran cantidad de espuma por la boca.

Max entró en la habitación.

Un ruido siseante se dejó oír en medio del silencio.

—Creo que la serpiente está aún aquí.

Angela se arrodilló junto a Mari y trató de sujetarla.

Debajo de la cama, asomó la lengua bífida del animal. Max se quedó inmóvil y quiso avisar a Angela pero no tuvo tiempo.

Las convulsiones de la mujer hicieron que el bicho se replegase nuevamente en su escondite.

—Es muy extraño que este animal haya entrado aquí —sugirió Max.

Pero Angela no le escuchaba, intentaba a toda costa calmar a su amiga.

De pronto Mari quedó paralizada, con una rigidez mortal. Angela volvió la cabeza hacia Max. Este miraba atentamente debajo de la cama para controlar la posible salida de la serpiente.

Nuevamente apareció la cabeza.

—¡Quieta!

Angela miró hacia la cama. Contuvo la respiración.

—¡Retírate de ahí! ¡Ven hacia mí!

Max cogió un jarrón que había sobre la mesita y lo arrojó contra el ofidio. De un salto corrió hacia la ventana y la cerró. Encontró a mano el bastón que Juan utilizaba en ocasiones, más por esnobismo que por necesidad.

Esperó con tranquilidad a que el reptil volviese a aparecer por el otro lado de la cama. Cuando esto ocurrió de un certero golpe le aplastó la cabeza.

Angela, asustada, corrió hacia él.

—Ya está, ten caima. Vamos a ver qué podemos hacer por ella. Baja corriendo y pide suero antiofídico. Seguro que tendrán.

—¿Está muerta? —preguntó horrorizada.

—Creo que no, pero hay que actuar rápidamente. El veneno surte efecto enseguida. Hay una cosa que no comprendo, ¿cómo ha podido entrar aquí este animal?

El matrimonio Puche tuvo que quedarse en el Safari Club. Los demás continuaron el viaje un tanto alterados por las múltiples peripecias que habían sucedido durante los días que llevaban en Africa.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que aquél sería un viaje inolvidable… por muchos motivos.

* * *

—Estoy muy preocupada, Max. Están pasando cosas muy extrañas. Tengo la impresión, como Nando, de que algo está pasando a nuestras espaldas. Las muertes de Yolanda, las notas del hotel, la visita nocturna, lo de Mari…

—Ha estado a punto de morir —dijo Max con voz apenada—. ¡Pobre mujer! Es posible que se quede paralítica para toda la vida.

—Es horrible. Nunca pensé que este viaje fuera causa de tantos males.

Max siguió remando con parsimonia. Un trecho después dejó el remo a un lado de la barca para que las aguas le llevaran.

—¿Hace mucho que estás en Africa? —le preguntó súbitamente

Angela.

—Dos años. Después me ha gustado la aventura.

—¿En qué lugar naciste?

—En California. Estuve en una escuela de Formación Profesional cuando terminé el equivalente de vuestro bachillerato superior.

—Ahora se llama EGB.

—Bueno, eso. Me gustaba mucho el arte y pasé a la Escuela de Bellas Artes. Tuve una beca para París y estuve un año. Entonces tenía dieciocho.

La pequeña barca de troncos se deslizó entre unos arbustos y quedó atrapada. Max cogió el remo y apoyándolo contra la orilla empujó para salir de allí. Luego prosiguió la conversación.

—Después de París estuve en Chile, Paraguay, Argentina y México, donde aprendí a hablar el español correctamente. Estuve tres años. Después vine a este continente. Tal vez luego vaya a Oceanía.

—¿Y no te cansas de viajar?

—Sí, creo que ya empiezo a cansarme. ¡Ah!, olvidé decirte que también estuve seis meses en la India, con una comunidad del Haré Krisna. Esa gente está completamente loca. Menos mal que me di cuenta a tiempo.

—¿Conoces España?

La barquita se mecía ahora en medio del lago.

—No, he leído mucho acerca de ella. Hemingway adoraba tu país. Yo tengo ganas de conocerlo pero hasta ahora no he tenido la oportunidad.

—Si te decides a venir yo te puedo ofrecer mi casa. Vivo con Nando. Mis padres se marcharon a la costa porque mi madre sufrió una delicada operación y aquel clima le beneficia. Nuestra casa es grande y luminosa. Y muy céntrica.

—Gracias por el ofrecimiento. Lo tendré en cuenta. Pero ahora cuéntame qué es lo que haces tú.

—Trabajo en una empresa constructora de capital americano. Soy la secretaria de dirección. Gano un buen sueldo, pero no estoy satisfecha con el trabajo. Es una tremenda rutina tener que hacer todos los días lo mismo. Comprendo tu afán por viajar, conocer el mundo y estar de un lado para otro. Yo haría lo mismo si pudiera.

—Eso es fácil. Vente conmigo.

Angela quedó sorprendida por la contestación de Max.

—No puedo hacerlo…, aunque me gustaría. Tengo que trabajar, ¿de qué voy a vivir si no? —Puedes trabajar, aunque vayas de un lado para otro, como tú dices. La cuestión está en saber qué tipo de trabajos son los que funcionan para la gente que viaja. Yo también como todos los días.

—Pero ya estás acostumbrado, es diferente.

—Cuando salí de mi casa tenía diecisiete años. Han pasado diez y ni un solo día he dejado de comer.

—Te repito que es distinto. Para empezar hay una cuestión fundamental: tú eres un hombre, yo no.

—Eso está a la vista —dijo Max con ironía.

Angela hizo caso omiso a sus palabras y prosiguió:

—¿Tú crees que si hubieras sido una mujer habrías podido hacer lo mismo?

Max se quedó pensativo.

—Tienes razón. Creo que no. Pero lo que te he dicho, tal vez no me has entendido bien, no es que te dediques a viajar tú sola, sino que te vengas conmigo.

La cogió una mano y se la llevó a los labios.

—Estoy enamorado de ti, Angela.

—Tengo que confesarte que tú no me eres indiferente, Max. Pero yo hago las cosas de otra manera.

La barca había ido a parar junto al pequeño muelle. Un nativo la ató al poste.

—Ten cuidado, no me gustaría tenerte que sacar del agua. Además, aquí hay muchos cocodrilos.

Angela le miró enfadada.

—Ya. Serán de plástico. En mi vida he visto cocodrilos en un lago artificial construido para poder navegar.

—Tienes muy poco sentido del humor. Mi proposición no te ha hecho mucha gracia. —Discúlpame, Max, tienes razón. Me ha sorprendido, gratamente, lo que me has dicho. No he reaccionado muy bien y lo siento. Achácalo a mi desconcierto.

—Está bien, pero de ahora en adelante cada vez que te diga que te quiero, no me eches una bronca, por favor.

CAPITULO VIII

LA salida de la expedición al poblado Masai estaba prevista para primera hora. Una vez visitadas las antiguas chozas, se dirigirían hasta la frontera con Tanzania.

Las cinco funcionarias estaban preparadas con horribles gorritos para taparse del sol que debían de haber comprado en algún saldo.

Los tres Villalta, siempre elegantemente vestidos, charlaban amistosamente con una nativa que hablaba un poco de inglés.

El matrimonio mayor se mantenía siempre al margen de todo el mundo y daban la impresión de que no iban con el grupo.

Max dio unas cuantas vueltas alrededor de los viajeros, para comprobar que estaban todos. Los únicos que faltaban eran Angela y Fernando y volvió a entrar en el hotel.

—¿Habéis llamado en las habitaciones de los hermanos Martín Luque? —preguntó en recepción.

—Sí, señor —le contestó la joven telefonista—. Yo misma he ido tocando en todas las puertas, les llamé ya hace más de media hora.

—Iré a ver.

Max subió al primer piso y llamó en la habitación de Angela. No obtuvo respuesta. Llamó en la puerta contigua que era la de Fernando. Siempre pedían las habitaciones juntas. Volvió a llamar y la puerta se abrió. Una negrita de ojos melosos le miró extrañada.

—¿Dónde está el señor?

—Ya ha bajado. Estoy limpiando. Aquí no había nadie cuando yo entré.

—¿Y aquí al lado, hay alguien?

—No le puedo decir, señor. No he estado todavía.

—Está bien, gracias.

Volvió a llamar en la puerta de Angela y al no obtener respuesta, abrió.

No ofreció ninguna resistencia porque no tenía echada la llave.

La habitación estaba vacía. Entró hasta el cuarto de baño y tampoco encontró a nadie allí.

Echó un vistazo por la habitación. Estaba la maleta abierta, un camisón sobre la cama y algunas pinturas de ojos sobre la mesilla de noche. Daba la impresión de que Angela se había arreglado y había

bajado ya.

Max, desconcertado, salió de la alcoba. Volvió a preguntar nuevamente en recepción.

—¿Han bajado los señores mientras yo subía?

—No, señor —respondió la misma joven—. A no ser que hayan pasado por el jardín. —Voy a ver, gracias.

Recorrió el jardín y no encontró a ninguno de los hermanos. Se acercó nuevamente al grupo y preguntó si alguien los había visto. Desde la noche anterior nadie los había vuelto a ver.

Max regresó a la recepción.

—Por favor, póngame una conferencia urgente con Nairobi.

—¿Qué número, señor?

—El de la jefatura de policía.

* * *

El comisario Bukavi entró con paso firme en el *hall* del hotel. Max salió a su encuentro.

—Ha llegado muy pronto. Se lo agradezco. Los acontecimientos se han desarrollado con una velocidad vertiginosa.

—¡Hola, Max! Ya veo que tienen ustedes problemas por aquí.

—Dejamos en el Safari Club a una mujer del grupo a la que la había mordido una serpiente… en su habitación. Ahora esto. Creo que aquí pasa algo. Angela me lo comentaba ayer. Por supuesto, no presté la menor atención a sus palabras. Ahora me arrepiento.

—Tampoco podía usted haber hecho mucho, ¿no?

—Tal vez. No sé qué pensar.

—Dígame qué ha pasado.

—Sencillamente, esta mañana salíamos a primera hora para proseguir el viaje y los hermanos no bajaban. Fui a avisarles y ninguno estaba en su habitación. Les hemos buscado por todas partes. No están en el hotel.

Nadie les ha visto esta mañana. Todo el mundo recuerda que anoche estaban en el *hall*, pero no hay ni rastro de ellos. Han desaparecido.

—Comprenderá usted que eso es algo muy grave. ¿No es posible que hayan salido a pasear o tal vez fueran…?

—Lo siento, comisario, pero he comprobado todo eso. Nadie ha cogido un coche, nadie puede irse a «pasear» sin él. Sabían perfectamente la hora de salida y le aseguro que son dos personas lo suficientemente responsables como para no hacer esperar, por gusto, a sus compañeros. Además, de esto hace ya un par de horas.

—Sí, el helicóptero nos trajo en ese tiempo.

—Hay una cosa que me ha extrañado. En la parte trasera del hotel he visto las rodadas de un coche. Ninguno de los jeeps se coloca en ese lugar y por lo tanto no pueden haber hecho las marcas del terreno. Me gustaría que lo viera.

—Ese será el primer sitio que miremos.

El comisario Bukavi y el agente Udugu se dirigieron hacia la parte posterior del edificio, acompañados por Max.

Pronto llegaron a la verja que separaba el jardín de la polvorienta carretera.

—Observe por aquí.

El comisario se acercó hasta las señales. Rozó con las puntas de los dedos el polvo y dijo:

—Era un Land Rover. Conocería sus neumáticos entre doscientos.

—Pregunté a los criados si había habido algún coche de reparto o el correo, alguien que hubiese podido venir por este lado. Me confirmaron que la entrada de mercancías para el abastecimiento del hotel está por el lateral.

—Escúcheme, señor Harrison. Estoy por asegurar que los dos jóvenes han sido sacados por la fuerza. ¿No es ésta la zapatilla de la señorita Angela?

El policía recogió detrás de unos cubos de la basura el zapato.

—Sí, efectivamente.

—Todo empieza a encajar. Tan sólo nos falta un detalle, pero no dudo que el criado terminará hablando.

—¿Qué criado? —preguntó Max.

—El asesino de la joven en el hotel Intercontinental de Nairobi. La mató por equivocación.

Max se quedó pensativo.

—Entonces, ¿a quién quería matar? ¿Tal vez a Mari?

—Mucho me temo que a quien buscaban es a Angela. Y por fin la han encontrado.

Max no supo qué decir. Al cabo de unos segundos pudo reaccionar.

—¿Y por qué motivo?

—Esa pregunta, desgraciadamente no puedo contestarle. Si lo supiera le aseguro que habría puesto todos los medios a mi alcance para que no le hubiese ocurrido nada.

—Espero que eso lo sepamos por el detenido. Está muy asustado, le han debido amenazar si habla y esta gente es muy supersticiosa y primitiva.

—No comprendo por qué. ¿Y Fernando? ¿Qué tiene que ver en todo esto Fernando? — inquirió Max.

—Me gustaría responderle, pero le repito que no lo sé. Ahora,

nuestra misión es encontrarles. No va a ser fácil porque este territorio tiene mucha vegetación y los escondrijos pueden ser múltiples. Tal vez pasaron por el poblado Masai. Es probable que quieran sacar los de Kenya.

—Comisario, yo seguiría las huellas del coche y vería hasta dónde llevan. Yo también pienso que han tenido que entrar en territorio Masai. El camino hacia los montes de Kenya no es bueno y tiene pocas salidas y los secuestradores habrán contado con que la policía les iba a seguir,

—Es una buena observación, pero tenga en cuenta que nos llevan por lo menos tres horas de ventaja. Eso les coloca a doscientos kilómetros de aquí.

—Hay que elegir entonces el camino.

—Estoy con usted. Vamos hacia territorio Masai, es buen lugar para atravesar la frontera.

—O para morir —dijo en tono afligido.

* * *

Pararon un poco antes de entrar en el poblado. Un grupo de mujeres con sus hijos en brazos, estaban sentadas en el suelo machacando trigo. Otras con cuencos de agua en la cabeza se dirigían a sus cabañas.

La agitación de la aldea era visible. Grupos de chiquillos desnudos gritaban en torno a un viejo.

Una joven masai machacaba trigo en un enorme mortero con un grueso palo. Preparaban la comida.

El comisario Bukavi se cruzó con dos hombres de la tribu adornados con plumas de colores. Un taparrabos de piel de tigre les cubría los genitales.

—Tan-yu, Bwana, tanyu.

Bukavi les habló en su lengua. Conocía bien los dialectos de la región, aunque eran numerosos.

Durante cinco minutos estuvo preguntando a los hombres. Sus rostros, cubiertos de una pasta blanca, dejaban al descubierto tan sólo los ojos y la boca, lo que les daba un semblante terrorífico.

Poco después el policía regresó junto a Max y Udugu que habían quedado retrasados.

—Estos hombres no han visto a nadie por aquí desde hace semanas. Preparan una fiesta grande. Lo curioso es que a la última persona que vieron fue al doctor Bartolomy. Curioso, ¿verdad? No olvidemos que él nos dijo que la flecha que mató a Yolanda era Masai. La historia empieza a encajar poco a poco.

—¿Y qué vino a hacer el médico aquí? —preguntó Max intrigado.

—Eso lo averiguaremos también en su momento, Harrison. No se

precipite.

Atravesaron el poblado y Bukavi entró con decisión en una de las chozas.

Había demasiada oscuridad en su interior como para saber a primera vista quién había. Una voz gutural, pero amistosa, salió del fondo de la caverna.

Bukavi se dirigió allí y les hizo una seña para que aguardasen fuera.

Max no podía quedarse quieto y comenzó a pasear a lo largo del camino.

No había avanzado cincuenta metros cuando descubrió un sendero semicubierto por el tupido follaje. Apartó las primeras hojas y se introdujo en él.

Por un momento fijó la vista en el suelo, se agachó y cogió algo del suelo. Con el objeto en la mano retrocedió y volvió a la choza.

Pacientemente esperó a que Bukavi saliera. Udugu le miraba la mano como si comprendiera que algo había descubierto.

—Creo que tengo una pista —dijo el comisario ya en el exterior de la vivienda—. Es un viejo amigo de mi padre.

—He encontrado esto.

Max abrió la mano.

—Es una colilla.

—Efectivamente. Pero mire la marca. «Ducados». Es tabaco español, Angela fuma esta misma marca. Me parece demasiada coincidencia.

—¿Dónde la ha encontrado?

—Seguí ese camino. A unos cuantos metros hay un sendero medio camuflado.

—Estamos llegando al final de este misterio, Max.

Y dirigiéndose a su ayudante:

—Síganos, Udugu. Y échele más coraje al asunto. Parece que se aburre.

Cogieron los jeeps y subieron por el camino unos tres kilómetros. Habían llegado hasta la ladera de un monte.

—El resto lo haremos a pie. Por aquí retomamos el sendero en el que encontró usted la colina, Max.

—¿Qué le dijo el viejo Masai?

—Cree que pasaron por el poblado dos negros, un blanco y una mujer. No me lo dijo claramente, pero es comprensible, Han hecho regalos al jefe de su aldea y obsequiaron a todos los habitantes con comida y ropa. Les prometieron más si mantenían la boca cerrada.

—El viejo Pungasi no le tiene miedo a la muerte y además piensa que cuando hay que callar, el dios del mal se oculta detrás.

—Bella filosofía —comentó el americano.

Con un machete, Udugu iba retirando la espesa vegetación que les impedía el paso. Helechos gigantescos se elevaban ante ellos como auténticos árboles.

Caminaron durante una hora acercándose cada vez a la frontera con Tanzania.

—Es muy probable que los tengan en una gruta secreta, donde antes se realizaba la extracción de los órganos vitales a los enemigos muertos en la batalla.

—Algo de esto oí comentar a Fernando.

—Sí, se lo había dicho la joven asesinada.

El policía cambió de tema.

—Nos acercamos al famoso pueblo Serengeti, tanzanés.

—Era un pueblo tremendamente fiero —habló por primera vez Udugu en un espantoso inglés.

Bukavi le miró sorprendido de oír su voz. Hablaba en contadas ocasiones.

Llegaron a un claro del sendero. Udugu alargó el brazo y les impidió el paso. Los dos hombres, inmovilizados, contuvieron la respiración y se dispusieron a escuchar.

Un murmullo llegó hasta ellos. El ayudante del policía puso el dedo índice sobre sus labios. Avanzó sigilosamente un paso más y se agachó. Lo mismo hicieron los otros dos.

Un rumor de pasos se alejó.

Udugu volvió la cabeza y en voz muy baja les dijo:

—Dos hombres discutían para no quedarse vigilando. Uno le decía al otro que era su turno y el otro le respondió que hasta que el sol llegara a la mitad del cielo no le tocaba. ¿Me han comprendido?

Las últimas palabras las dijo porque no estaba muy seguro de haber utilizado correctamente los sinónimos en inglés.

—Perfectamente —le respondió el comisario—. Eso quiere decir que estamos muy cerca. No sabemos cuántos hombres habrá, pero según dijo el viejo no deben de ser muchos. La sorpresa jugará a nuestro favor.

—Yo puedo ir delante —dijo Max—, Siempre les impresionará más ver a un blanco. Usted venga detrás y Udugu que se quede en retaguardia vigilando. Si tenemos algún problema, que nos cubra.

—¿Lleva usted pistola, Max?

—No.

—Tenga ésta. Creo que está cargada, pero asegúrese. Tú también, Udugu.

Con las armas preparadas, se dispusieron a la acción. Bordearon agachados el claro y siguieron por donde habían oído las voces.

A los pocos metros se toparon con una especie de tienda de campaña

hecha de hojas de árboles. Dos guerreros con lanza, charlaban a la puerta de la choza. Accionaban mucho con las manos, aunque hablaban en voz baja. Tal vez eran los mismos que habían descubierto en el bosque, que seguían discutiendo. Más allá otro negro, altísimo, limpiaba un rifle. No vieron a ninguno más.

—Ahora es el momento —dijo Max—. Yo voy por el de la derecha. Usted ocúpese del otro.

—¿Y yo? —preguntó ingenuo Udugu.

—Será mejor que vayas por el del rifle.

—¿Y si hay alguno más? —preguntó Max.

Cuestión de reflejos. ¿Está de acuerdo?

Max movió la cabeza en signo afirmativo.

Como una pantera se abalanzó sobre uno de los guerreros. El otro, del empujón, cayó también al suelo. Bukavi se encontró casi todo el trabajo hecho. Su ayudante tampoco tuvo ningún problema para reducir al tercer negro. Efectivamente, la sorpresa había jugado un papel fenomenal.

Max entró en la choza de hojas. El interior estaba oscuro, pero pudo distinguir una figura tumbada en el suelo. Se acercó a ella. Era Angela.

—Bukavi, venga aquí. Es ella.

El comisario y su ayudante entraron. Con una seña, Udugu quedó de pie junto a la puerta. Bukavi se arrodilló junto al cuerpo.

—Está drogada. Así han podido traerla sin llamar la atención.

Max cogió a la chica y se la echó al hombro.

—Vámonos de aquí. ¿Dónde estará su hermano?

—Lo más lógico es que le hayan ocultado en otro lugar para dificultar más la búsqueda. Pero es preferible que nos vayamos con ella. Más tarde nos ocuparemos de rastrear la frontera. Tengo que pedir refuerzos. Costará más trabajo liberar a su hermano, porque ya saben que les hemos descubierto.

Con toda la rapidez que le fue posible, Max se dirigió nuevamente hacia el sendero. Udugu quedó retrasado para ver si alguien les seguía. Nada. El golpe había sido maestro.

CAPITULO IX

LLEGARON al Keekorok Hotel en la provincia de Masai Mara. El comisario dio la orden de registrar la zona donde habían encontrado a Angela, palmo a palmo.

En una preciosa habitación de la planta baja, Angela descansaba sobre una mullida cama. Max había abierto los ventanales y el frescor de las plantas penetraba en la habitación. Poco a poco, Angela fue abriendo los ojos.

—¡Oh, Max, Max! ¿Qué ha pasado? Abrázame, por favor…

—Calma, calma, querida. Todo ha pasado ya. Estás conmigo, sana y salva.

—Me duele horriblemente la cabeza, ¿dónde estoy?

—Estamos en un hotel de Masai Mara. La policía ha ido en busca de Fernando. Ahora quédate tranquila, no hables demasiado, no te fatigues.

—Todo lo contrario —dijo mucho más despabilada—, lo que quiero es contarte todo lo que ha pasado.

—Ahora no es necesario, cariño. Espera un poco. Vendrá enseguida el comisario y tendrás que repetírselo otra vez. Descansa, por favor.

Y con voz suave y melosa la pidió:

—Ahora dame la mano y no pienses en ello. Todo saldrá bien. Tranquilízate. ¿Serás buena?

Angela le dedicó una bella sonrisa, y con una respiración tranquila y pausada, volvió a quedarse dormida.

* * *

El comisario Bukavi llamó a Max.

—Fui a Nairobi con el helicóptero. Estuve viendo al asesino de Yolanda. Toda la historia queda bien hilvanada ahora. Me falta encontrar a Bartolomy. Todas las fronteras están vigiladas, no podrá escapar.

—Comisario ¿quiere decirme de una vez qué es lo que ha pasado?

Bukavi sonrió.

—Está bien. Tiene usted razón. Primero le digo que todo está claro y luego me entretengo…

Max le interrumpió:

—Por favor, vaya al grano.

—Todo ha sido una macabra confusión. Yolanda fue muerta por error. A quien querían matar era a Angela. Y me preguntará usted ¿por qué?

Bartolomy está detrás de todo este asunto. No sé si sabe usted que su padre era americano. Le digo esto porque tiene bastante relación con la segunda profesión del doctor.

—¿Segunda profesión?

—Sí. El doctor Bartolomy es, además de médico, agente de la CIA.

—¿No es posible?

Max calló durante unos minutos y prosiguió:

—Y aunque así sea, ¿qué tiene eso que ver con Angela y su hermano?

—Eso es muy probable que nos lo conteste ella misma. Es el único punto oscuro. ¿Quiere que vayamos a verla ahora?

Max consultó su reloj. Angela llevaba más de cinco horas durmiendo desde que abrió los ojos por primera vez.

—Es lo mejor. Vayamos.

Salieron de la habitación que les habían ofrecido en el hotel y se dirigían a la de Angela cuando…

—¡Fernando! ¿Qué haces tú aquí?

—¡Caramba! Nunca pensé que fuera tan bien recibido. ¿Es que no puedo presentarme así, de improviso?

—Déjate de boberías y ven aquí. Dame un abrazo. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde has estado estos dos días? Ven.

Los tres hombres se sentaron en los sillones del *hall*.

—Creo que vi al médico que hizo la autopsia a Yolanda, no recuerdo su nombre… —Bartolomy —interrumpió el policía.

—Bien, los negros le llamaban bwana, como a todos los blancos. Y eso que él no es blanco del todo… Bueno, creo que está detrás de todo esto porque apareció una tarde por allí.

—¿Dónde allí? —preguntó Bukavi.

—No sé, en la cabaña. Pero no podría decirle el sitio. Creo que me llevaron drogado. Dos hombres entraron en mi habitación del hotel, no me dio tiempo a reaccionar, me adormecieron con algo. Luego, no recuerdo más, hasta que me desperté en la choza.

—Y ¿cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Max.

—Primero andando y luego me cogió un amable nativo que iba en un jeep.

—Te encuentro muy gracioso, ¿no crees?

—Venga, Max, no te enfades. Después de todo lo que he pasado en este maldito viaje, no viene mal un poquito de humor.

—Tienes razón. Continúa.

—Me quedé adormilado en la choza. Cuando me desperté, estaba solo. ¡Solo! Y me marché. ¿Lógico, no?

—Vamos a ver a tu hermana —sugirió el comisario.

—¿Está aquí?

—Sí, la encontramos hace unas horas.

—Vamos enseguida. Tengo muchas ganas de verla.

Entraron en la habitación donde Angela descansaba. Fernando dio golpe a una silla lo que hizo que abriera los ojos.

—¡Fernando! ¡Estás aquí! ¡Qué alegría!

Los dos hermanos se abrazaron. Las lágrimas cubrieron el rostro de Angela.

—Nunca pensé que volveríamos a estar los tres juntos.

Miró hacia Max.

—Lo digo por ti también. He pensado mucho en vosotros. Creí que me matarían.

—Yo también he estado secuestrado, hermanita. ¿No creerás que vengo de paseo?

—¿Es cierto? —Angela miró al policía.

—Sí. Los llevaron a lugares distintos. No querían que supiesen uno del otro. Eso dificultaba la búsqueda.

—Bueno. ¿Es posible que de una vez por todas nos enteremos de lo que ha estado pasando? —dijo Max bastante enfadado.

Todos soltaron una carcajada.

—Bien. Yo os puedo contar mi parte —dijo Nando—. Creo que nos han tenido confundidos con otros hermanos. Es todo lo que he podido sacar en conclusión.

—Yo también creo eso. A mí me llamaban Margaret. Todo mi interés era decir que yo no me llamaba Margaret. Un mulato, muy distinguido de maneras educadas, estuvo preguntándome durante mucho tiempo mi profesión, la de mis padres. Lo encontré todo muy raro.

Le costaba trabajo creer que yo era quien decía ser.

—Todo encaja perfectamente —comentó Bukavi.

—Yo estoy con Nando. Esos hombres creían que éramos otras personas —aseveró la joven.

—Yo puedo añadir algo más.

Bukavi se apretó el labio con los dedos pulgar e índice.

—¿Usted no conocía al doctor Bartolomy? —preguntó a Angela.

—Oí hablar de él cuando lo de Yolanda, pero no coincidí con él.

—Bien. El doctor Bartolomy tenía noticias de que dos hermanos, hijos de un industrial mexicano vendrían al Africa, concretamente a Kenya, a hacer un safari. Me lo dijo el dueño del hotel de la charca.

También está complicado.

En ese momento, Udugu entró con un télex y se lo entregó al comisario.

—Ya está completa toda la historia —dijo.

Y continuó:

—Estos dos hermanos nunca llegaron a venir, porque ella se rompió una pierna y pospusieron el viaje. Me acabo de enterar ahora. Bartolomy pensó que los hermanos a los que esperaba eran ustedes, con nombres falsos. Se dio cuenta tarde de su error.

»Un industrial mexicano, padre de los hermanos, es el jefe de la red castrista para toda Sudamérica. Le hacían chantaje con sus hijos. Eso creo que explica mucho mejor todo, ¿no es así?

Los jóvenes intercambiaron miradas de asombro.

—Caso resuelto, entonces. Cogeremos al doctor y meteremos en un buen conflicto a los americanos.

—Comisario, vamos a celebrar su éxito y a la vez el nuestro, con una botella de champaña —propuso Max.

—No me parece mala idea.

Y dirigiéndose a los dos hermanos dijo:

—Me alegro que todo haya salido bien.

Ayudaron a Angela a levantarse y esperaron fuera para que pudiera arreglarse un poco. La puerta se abrió y Angela, junto al umbral, con un maravilloso vestido de gasa rojo se dirigió al grupo.

—Vamos, chico. Invito yo.

* * *

Tras las explicaciones de rigor y las disculpas por haber mantenido al grupo durante dos días en el mismo hotel, decidieron proseguir el viaje hasta su terminación. Al fin y al cabo, los viajeros se habían encontrado con dos días más de safari a costa del gobierno kenyata. Era lo mínimo, después de unas vacaciones tan accidentadas.

Volaron hasta Nairobi y desde el aeropuerto se dirigieron al hotel Intercontinental para recoger las cosas que habían dejado.

Más tarde, tras corto vuelo, llegaron a Mombassa, segunda ciudad de Kenya, situada a orillas del océano Indico.

Era una ciudad bulliciosa dada su actividad portuaria pero sus playas eran de aguas plácidas y transparentes.

El viaje estaba a punto de terminar. Tan sólo quedaban dos días que se agotaría tras la visita a la ciudad y a las aldeas costeras.

Max les llevó al antiguo barrio árabe, de laberínticas y estrechas calles, Fort Jesús, construido por los portugueses en el siglo XVI.

Finalizada la jornada propuso a Angela visitar las ruinas árabes de Jumba la Mtwana.

—Ven, por favor —le dijo—, es el marco ideal para lo que quiero decirte.

Tuvieron que atravesar en barca una pequeña parte del océano, pronto llegaron hasta la magnífica construcción que se erguía con dignidad a pesar de los destrozos que, en tiempos pasados, los cañones ingleses habían causado por ocupar la plaza.

—El viaje está a punto de terminar —le dijo Max apoyado en el pretil de la fortaleza desde el que se divisaba la inmensidad del océano.

—Ya lo sé.

—No quiero separarme de ti, Angela.

—Yo tampoco, cariño.

La estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente. Sus manos recorrieron la espalda de la mujer amada.

—¡Quédate conmigo!

—No puedo, Max. No me gusta hacer las cosas así. Tengo que volver a mi país, pensar más las cosas. Tampoco puedo dejar el trabajo de repente. Y me gustaría ver a mis padres si me decido…

—Si decides ¿qué?

—Si decido vivir contigo.

—¿Es eso cierto? ¿Estarías dispuesta?

—Claro que sí, amor mío. Estoy dispuesta. ¿Por qué no vienes tú a España y conoces a toda mi familia, mi casa, mis amigos…?

—¿Esperarías un par de días más una vez terminado el safari?

—¡Y hasta una semana! —contestó Angela abrazada a él.

—Dos días para arreglar mis cosas y voy contigo.

—Fernando tendrá que irse solo.

—Ya es mayorcito. Además, tendrá que irse acostumbrando a vivir sin su hermana. No pensarás que seamos tres toda la vida, ¿no?

Permanecieron juntos admirando las aguas azules del Índico.

F I N

ISBN 84-02-02519-6

01163

9 788402 025197

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.